



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arca, Sra. Acollado, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. E.), Araquistain, Anchorena, Albar...

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.encillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 23 de Julio de 1883

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañada de un impreso en librerías del Giro Múltiple, letras ó sellos de Comunicación, quedando por este medio debida la certificación.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—Kusa Jataka, por L. Giner Arriau.—Un parricidio, por José de Siles.—La Unión Hispano Americana, por Ramón de Sanjuán.—Asociación Taquigráfica (conclusión), por Antonio Guerra y Alarcón.—Adoración (poesía), por R. Ortiz y Beneyto.—El poder temporal de los Papas en el siglo XIX, por Nicolás Díaz y Pérez.—La historia moderna, por Antonio R. García.—El amor (poesía), por R. Ortiz y Beneyto.—Esa, por Eduardo de Palacio.—Consummatum est, por Alejandro Sawa.—El Angel de la Tierra, por Ramón de Sanjuán.—O, por R. Ortiz y Beneyto.—Bodas fúnebres, por Alejandro Sawa.—Tus labios (poesía), por R. Ortiz y Beneyto.—El beso de nieve y el beso de fuego, por Manuel Lorenzo D'Ayot.—Las Madres (poesía), por R. Ortiz y Beneyto.—La Marmota, por Manuel Lorenzo D'Ayot.—A Luisa (poesía), por Luciano Gutiérrez.—Exhibición, por Eduardo de Palacio.—Un artículo del Sr. Gayangos, por X.—Revista de Madrid, por Eugenio de Olavarría y Huarte.—Anuncios.

REVISTA POLITICA

El desarrollo que ha tomado el cólera es el asunto principal ó único de todas las conversaciones: con este triste motivo han aparecido en el fondo de la sociedad española tal podredumbre, egoísmo tanto que invenciblemente el ánimo más optimista llega á dudar de la virilidad de esta generación que tal pavor siente al aproximarse una calamidad, que no por ser rara y aparecer con caracteres de gravedad, deja de entrar en las leyes de la naturaleza á las cuales no podemos escapar.

También se ha visto las escasas dotes que para el alto cargo con que le obsequió el señor Cánovas reúne el Sr. Fernández Villaverde; toda su energía se ha estrellado en la terca resistencia de algunos pueblos y la reserva de muchos gobernadores, no tanto estos últimos por hallarse identificados con las poblaciones, como por ver de agrandar al Sr. Romero Robledo, que es quien le nombró y que en cuanto haya desaparecido el cólera y se abra el Parla-

mento volverá á la brecha dispuesto á disputar al Sr. Villaverde y al mismo Cánovas, si es preciso, el terreno que puede haber perdido durante su ausencia.

Coinciden estos tropiezos del Sr. Villaverde con las dificultades que encuentra el señor Cos para sacar adelante su proyecto de consumos. Los Ayuntamientos se resisten—por ahora de un modo pasivo—á aceptar un sistema que les quita lo más saneado de las rentas municipales.

El telégrafo da la noticia de que se ha cerrado el Parlamento francés.

Empieza el periodo electoral después de votada la paz con China y de concedidos los créditos para la expedición de Madagascar.

Los partidos radicales intentan un poderoso movimiento de concentración dirigido por Clemenceau: los ministeriales, capitaneados por los senadores de la izquierda, tratan de sacar una mayoría oportunista avanzada.

Los imperialistas están divididos y algunos votarán á los candidatos monárquicos.

Ha circulado en Francia el rumor de que el conde de Paris se disponía á lanzar un manifiesto con motivo de las próximas elecciones.

El Figaro hace con ese motivo declaraciones importantes competentemente autorizado, según parece.

No es exacto, dice, que el príncipe intente publicar un manifiesto que no tendría razón de ser; el nombre del nieto de Luis Felipe dice por sí solo bastante para que los electores sepan á qué atenerse.

Los candidatos que adopten su nombre como bandera, tienen ya ipso facto hecho su programa; todos lo conocen de sobra.

Pero el conde no se limitará á hacer platónicamente votos porque triunfen sus partidarios. Como ciudadano francés puede, con arreglo á las leyes, mantener sus opiniones, propagarlas y hacerlas triunfar; y se dispone á usar de este derecho que la Constitución le garantiza, convencido de que el no obrar así sería faltar á sus deberes.

No hará la designación de candidatos, dejándolo á la iniciativa de los comités que le siguen, porque nadie como ellos sabe quien tiene más simpatías entre los electores y mayores merecimientos, y á la de los mismos candidatos que aspiren á conquistarse los votos del cuerpo electoral.

En ese punto cree el príncipe que el escrutinio por lista no cambiará el aspecto de las cosas, porque muchas de las antiguas circunscripciones desean que figure en cada lista un candidato de su elección, de manera que el escrutinio no hará más que aumentar el número de votos de los elegidos, sin modificar la esencia de la elección.

El conde de Paris, por lo demás, se dispone á seguir de cerca la lucha. Mr. Lambert Sainte-Croix está encargado por S. A. de dirigir los trabajos electorales, tomar una parte activa en todo lo referente al asunto, á nombre del príncipe y entenderse con los candidatos y los comités orleanistas.

El representante supremo de la monarquía en Francia, sabe que, desplegando así valerosamente su bandera en frente de la república, corre el peligro de que, si el triunfo le favorece, el Gobierno republicano desate contra él todas sus iras y apele á medidas extremas, quizás á dictar la orden de expulsión contra su alteza.

Pero el conde de Paris, fuerte en su derecho, está decidido á todo, y no retrocederá.

ante el libre ejercicio de sus derechos de ciudadano.

Puede el partido conservador abrigar esa seguridad; en vísperas de la lucha legal, conviene que los electores sepan que tienen un jefe, y que pueden contar con él en absoluto.

Tal es el pensamiento del conde de Paris, según el *Figaro*, á propósito de las nuevas elecciones generales.

Parécenos que Felipe VIII y Luis Felipe II se hace muchas ilusiones.

En Gastein adelantan rápidamente los preparativos que se hacen para recibir á los emperadores de Austria. Se han construido dos arcos de triunfo y para la comida de gala se ha hecho llevar de Berlín el célebre servicio de antigua porcelana de Sajonia.

Al emperador Guillermo le presta admirablemente su estancia en Gastein y se esperaba que volviese á Berlín el 13 del corriente Agosto. El ministro de la Guerra, Broussard de Schellendorf, ha regresado á Berlín.

En esta capital debe reinar cierta atmósfera de incertidumbre contra Francia á juzgar por un artículo que se publica en la *Gaceta de la Alemania del Norte* en estos últimos días, en el que se menciona la creación de algunos regimientos de caballería destinados á reforzar el ejército francés.

Aunque escrito en forma muy sencilla, el artículo del periódico alemán revela bien á las claras los temores que en los círculos políticos de Berlín inspiran estos proyectos de organización militar, que parecen descubrir intenciones poco pacíficas. El artículo á que nos referimos ha causado viva impresión en la prensa francesa, que refuta casi á un mismo tiempo las conclusiones de la *Gaceta de la Alemania*.

Hé aquí algunos de los párrafos del artículo en cuestión:

«Ya hemos tenido tiempo de acostumbrarnos á los síntomas belicosos que no cesan de manifestarse al otro lado de los Vosgos; pero no por eso dejamos de llamar sobre ellos la atención de las dos naciones, desde el momento en que hombres de Estado, generales distinguidos y periódicos importantes predicar la guerra contra Alemania ó declaran, como *Le Temps*, y Mr. de Cassagnac, que la guerra es inminente y constituye el objeto único de la política de todo gobierno francés.

El artículo de *Le Temps*, considerado desde el punto de vista sintomático, tiene mucha más importancia que las fanfarronadas de un Deroulede, las declamaciones de un Thibaudeau y la cólera de un Cassagnac.

Este periódico es el órgano del partido republicano moderado; representa en primer término á una clase de ciudadanos acomodados y tranquilos, tan numerosa en Francia, cuyas opiniones acerca de la guerra ó de la paz deben ejercer forzosamente gran influencia en el ánimo de todo gobierno francés.

Si en el *Temps* se observan ciertos arranques belicosos, es indudable que el desarrollo pacífico de las relaciones de vecindad con Francia, tal como las desea el gobierno alemán, no son del agrado de los lectores del periódico conservador, y que nuestros esfuerzos para mantener una inteligencia amistosa con Francia no han sido coronados hasta ahora por el éxito, puesto que no encontramos la necesaria reciprocidad.

¿Cómo no hemos de pensar, estudiando estos síntomas, que la Francia espera únicamente una ocasión favorable para atacarnos, ya sea sola ó ya sea con los aliados que pueda adquirir?

A pesar de las suposiciones y de las calumnias que una parte de la prensa extranjera nos dirige, nadie duda que la política de paz seguida por nuestro gobierno no corresponde al deseo de tranquilidad de la inmensa mayoría de los pueblos alemanes, así como todo el mundo sabe que el imperio no abriga la intención de atacar á sus vecinos.

Pero tampoco hay nadie que, deseando el bien de Alemania, pueda pensar sin pena que el día de la *revancha*, esperado durante catorce años por Francia, ofrecerá siempre á todo hom-

bre de partido el medio de atraerse el apoyo de sus compatriotas y de conservarlo si las circunstancias le son favorables».

Los últimos párrafos indican que en Paris reina cierta calma; quizá en el fondo todo sean arroyos electorales.

CARLOS MALAGARRIGA.

KUSA JATAKA

(CONTINUACIÓN)

Traducción del inglés

Antiguamente vivía un gran rey llamado Sakuni, que era muy querido de Indra, rey de los dioses. Un día, llegó un día en que, dejando caer entre las manos la cabeza, se abandonó á grandes meditaciones, pensando que, como no había tenido ningún hijo, cuando le llegase la hora de la muerte, que le llegaría no obstante su poder y sus riquezas, no tendría nadie á quien dejarlas y su familia se extinguiría con su nombre. Un día que pensaba en estas cosas, Indra, el rey de los dioses, le hizo un regalo: «Oh, amigo, sea que quieras, yo te doy á reflexionar de ese modo como cabeza entre las manos».

El rey le aceptó diciendo cuáles eran los pensamientos que en aquella mañana le traían.

Entonces Indra le dijo:

«Yo te enviaré una medicina. Dásela á beber á tus mujeres y con eso tendrás hijos é hijas».

Indra, el rey de los dioses, fué al monte Gandamadana, cogió la medicina por sí mismo y se la envió al rey, que la entregó enseguida á sus mujeres con el encargo de que la bebieran. La esposa favorita del rey se había retirado ya y dormía, por lo que las demás, que aún no se habían acostado, tomaron la bebida, y en el mismo instante se sintieron en cinta. Al día siguiente, cuando despertó la primera esposa del rey Sakuni, al ver embarazadas á sus compañeras, las preguntó la causa de aquel suceso, del que ella no experimentaba el menor síntoma.

«El rey — la dijeron — nos mandó ayer una medicina para que la bebieramos».

«¿Y por qué la bebisteis sin despertarme?... Pero, en fin, puesto que lo hicisteis así, decidme en qué vaso os la envió».

«En este».

La reina echó agua en el vaso y luego se la bebió, con lo cual bien pronto se sintió embarazada como las demás mujeres de Sakuni.

Después que pasaron ocho ó nueve meses, todas ellas fueron dando á luz. El hijo de la favorita salió al mundo trayendo las ochenta señales de fealdad, una cara semejante á la de un león y un cuerpo fuerte y vigoroso en extremo. Su nacimiento se celebró con gran pompa, y se le puso el nombre de Kusa. Cuando el rey vió á sus demás hijos, se sintió regocijado en extremo, pero la fealdad de Kusa excitó su cólera.

Sucedió mucho tiempo después que los reyes que servían á las órdenes de Sakuni se reunieron y se dijeron unos á otros: «El rey Mahasakuni nos tiene muy tiranizados; levantémonos contra él y privémosle de su poder».

Reunieron un ejército poderoso y pusieron sitio á la capital. Como el rey Mahasakuni no podía sostener una batalla con ellos en tan deplorables condiciones, dispuso que se cerrasen las puertas de la ciudad y se ocupasen las murallas. Kusa, al saberle, fué á buscar á su madre, y la dijo:

«Madre, ¿por qué cierran las puertas de la ciudad?»

«Como vuestro padre no puede arriesgar una batalla con los reyes coaligados, ha dispuesto permanecer encerrado en ella».

«Madre, yo quiero luchar con ellos; busca al rey y pídele de mi parte un carro de guerra».

«Hijo mío, sabéis que sólo el veros excita su furia, ¿cómo creéis que os vaya á dar lo que le pedís?»

«Ve á verle, madre, y dile que su hijo Kusa luchará con el enemigo si se le da un carro de guerra».

El rey se lo concedió, y Kusa tomó dos carcax, montó en el carro de guerra y se dispuso á la lucha. Indra, el rey de los dioses, se dijo para sí: «Como estos reyes coaligados son tan fuertes, el joven Kusa sería destruido si yo no le ayudase». Y dió al príncipe una trompa, un disco y una maza, diciéndole: «Esto te salvará».

Kusa abrió una de las puertas y salió. Tan pronto como tocó la trompa, la hueste enemiga quedó aterrada á su sonido; unos enrojecieron; otros huyeron con los oídos destrozados. Cuando lanzó el disco y la maza, el enemigo cayó á tierra. Metióse él entonces en medio del ejército, sonó de nuevo la trompa, y entonces todos los oídos se rajaron y los contrarios echaron á correr, diciendo: «Este hombre es un Rakshasa».

Luego que los hubo destruido completamente, volvió á buscar á su padre y le dijo que había vencido á todos los reyes y que el país estaba en paz. Al oírle el rey Mahasakuni se alegró y dijo entre sí:

«El joven Kusa es fuerte y en extremo valeroso. ¿Por qué había de odiarme?»

Y desde aquel día empezó á tomarle cariño.

Después de disponer el matrimonio de sus otros hijos, el rey envió por todo el mundo á que buscasen una esposa para Kusa. Pero todos los hombres decían:

«Estamos prontos á dar nuestras hijas, pero no á Kusa».

Había entonces un rey que deseaba obtener en matrimonio la hija de otro soberano, pero no pudo conseguirlo; y enterado de esto Mahasakuni le obtuvo valiéndose de un engaño, diciendo que era para otro de sus hijos; se la dió á Kusa, y se celebró el casamiento atendiéndose á la constelación, la época y el instante propicios.

El rey había encargado á sus gentes que no dejasen que el príncipe cogiese nunca un espejo. «Además, había dicho, no se bañará nunca en sitio donde un hombre vaya á pasearse en el agua para tomar un baño. Y nunca se le permitirá que se acerque á su esposa siendo de día.» Pero la mujer de Kusa le vió un día jugando con sus hermanos y preguntó:

«¿Quién es aquel Pisacha (ó demonio) que juega con aquellos jóvenes?»

«Es vuestro marido».

«¿Mi marido es ese?»

Después que le vió otro día jugando con los demás jóvenes en el agua y que otra vez preguntó si su marido era así, determinó aclarar el misterio. Así, una noche encendió una lámpara que cubrió después con una taza y cuando vino Kusa y se acercó á ella, vió que tenía las ochenta señales de fealdad y una cara semejante á la de un león y diciendo: «¡Pisacha! ¡Pisacha! — echó á correr despavorida».

Ahora bien, sucedió que algunos montañeses se rebelaron contra el rey Mahasakuni. Este ordenó á su hijo Kusa que fuese á subyugar á los rebeldes y le envió contra ellos. En cuanto Kusa se alejó, su mujer envió á decir á sus padres: «¿No hay ningún hombre bueno en el mundo, que me habéis entregado á un Pisacha? Si queréis que muera dejadme aquí; si no queréis que muera mandad á buscarme» — Inmediatamente sus padres enviaron por ella. Cuando el joven Kusa volvió á su casa, después de haber subyugado á los montañeses, preguntó á su madre qué había sido de su esposa.

«Sus padres han enviado á buscarla».

«¿Por qué motivo?»

«Porque ella os confundía con un Pisacha».

«Madre, iré y la volveré á traer».

«Hazlo».

Entonces Kusa tomó su trompa, su disco y su maza y partió. En el camino le dijeron que en cierta ciudad gran número de hombres se hallaban deliberando, porque habían cerrado las puertas de la ciudad por miedo á un león. El joven Kusa les preguntó: «¿Qué hacéis ahí?»

«Estamos aquí por miedo á un león».

«¿Por qué no le matáis?»

«Porque no podemos».

«¿Qué me daréis si yo lo mato?»

«La mitad de nuestro ejército».

El joven Kusa se fué hacia el león, y cuando estuvo cerca de él hizo sonar la trompa. Los oídos del animal reventaron, y el león murió. Kusa le cogió entonces y lo llevó á la ciudad, y dijo:

«Ahí tenéis al león».

«Toma tú la mitad de nuestro ejército».

«Por ahora la dejo en vuestro país; me la daréis cuando vuelva otra vez» — dijo.

Se marchó luego á la ciudad donde estaba su mujer y fué á casa de un fabricante de guirnaldas que le dijo:

«¿Quién sois?»

«Soy hijo de un fabricante de guirnaldas».

—¿Cómo os llamáis?

—Urijí.

Como los Bodisas son expertos en todas las artes é industrias, tegió una espléndida corona que el fabricante llevó á la hija del rey. La princesa preguntó á éste:

—¿Cómo es que nunca me habéis hecho una corona como esta.

—Es que esta la ha fabricado mi aprendiz.

—Quiero que me la presentéis.

Cuando el fabricante llevó al joven y ella le vió, se preguntó admirada de dónde habría salido aquel demonio, y exclamando:—¡Pisacha! ¡Pisacha!—huyó inmediatamente. Después de esto, Kusa se fué á casa de un cocinero, que le dijo:—¿Quién sois?

—Soy hijo de un cocinero.

—¿Cómo os llamáis?

—Sugaudhabhajaná.

Como cocinaba muy bien, el cocinero sirvió á la hija del rey los manjares que él había arreglado, y la princesa le preguntó:—¡Oh, amigo! ¿cómo es que ahora preparáis tan bien los manjares que me servís?

—Lo ha preparado mi aprendiz.

—Quiero conocerle.

Sucedió lo mismo que había sucedido con el fabricante de guirnaldas.

Después de esto Kusa se fué á buscar á un doctor, que le dijo:—¿Quién sois?

—El hijo de un doctor.

—¿Cómo os llamáis?

—Atreya.

Por aquel tiempo cayó mala la hija del rey con una enfermedad que el doctor no podía curarla. Un día que estaba absorto pensando en la dichosa enfermedad, le dijo Kusa.

—Maestro, ¿en qué pensáis?

—La hija del rey está atacada de una enfermedad cerebral y no puedo curarla.

—Yo iré á curarla.

Y Kusa fué á visitarla. Cuando ella le vió, pensó:—¿De dónde habrá salido este demonio?—Pero se la ocurrió que si decía esto en voz alta se marcharía sin curarla y determinó no dejar á entender sus pensamientos hasta sentirse bien del todo. Cuando sucedió esto, gritó:—¡Pisacha! ¡Pisacha!—y huyó.

Entonces Kusa acudió á los sacerdotes, los cuales le dijeron:—¿Quién eres?

—Soy Sabarashala.

Y le tomaron á su servicio.

Por aquel entonces el príncipe que había pretendido primero la mano de la princesa, sabedor de que ésta había dejado á su marido y vuelto á su casa, envió un mensaje al rey diciéndole que si le daba su hija estaría en paz con él, pero que si otra vez se la negaba le despojaría de su poder soberano. El rey respondió: «He entregado mi hija al hijo del rey Mahasakuni, no puedo dársela á otro.» El príncipe acudió con un fuerte ejército y puso sitio á la capital del rey el cual, no pudiendo aventurar una batalla, mandó que se cerrasen las puertas de la ciudad y quedó encerrado en ella.

Kusa preguntó á los sacerdotes: «¿Por qué están cerradas las puertas?» Y los sacerdotes le pusieron al corriente de lo que ocurría. El joven les dijo: «Si se me entrega á mí la hija del rey, yo derrotaré al enemigo.» Los sacerdotes llevaron la proposición al monarca, que les dió la misma respuesta que acababa de dar al príncipe; ellos le arguyeron: «Como ahora no hay otra esperanza de victoria, deja que este joven riña con el príncipe. Nosotros averiguaremos luego quién es el vencedor.» El rey accedió por fin, y los sacerdotes dijeron á Kusa: «Haz lo que prometiste».

Inmediatamente cogió el joven sus dos carcax, que llenó con quinientas flechas, cogió también la trompa, el disco y la maza y salió al campo. Apenas hizo sonar su trompa, los enemigos sintieron rotos sus oídos y echaron á correr. La princesa pensó:—¿Por qué he de aborrecer yo á Kusa, que está dotado de tanto valor y es tan valiente?—Empezó á tomarle cariño y dijo á su padre que debía cumplir lo que había prometido.

—Hija, os he dado al príncipe Kusa.

—Padre—dijo ella—ese joven es el mismo Kusa en persona.

—Siendo así, idos con él, hija mía...

El rey honró mucho á Kusa, le dió un poderoso ejército y licenció al que le quedaba.

Kusa fué á la otra ciudad y envió á decir á sus habitantes que le mandasen la mitad del ejército

que antes le habían otorgado, pero éstos le dijeron que en una inundación habían perecido las cuatro divisiones de sus tropas. Como viera muchas ovejas que pastaban á corta distancia, Kusa publicó este orden suya:—Reflexionad y conoced que donde han ido los elefantes y los novillos de seis años, allí también pueden ir las vacas y las ovejas. Si me daís el ejército, bien; sino no le tendréis.

Habiéndole dado el ejército siguió con él y llegó al borde de un río, y sintiéndose fatigado, se lanzó al agua á bañarse, pero al hacerlo vió su imagen reflejada en las aguas y pensó:—«Puesto que tengo las ochenta señales de fealdad y una cara como un león, y puesto que la hija del rey no me tiene ningún cariño, es inútil que yo siga viviendo. Yo mismo me mataré».

Se internó en un montecillo y ya estaba preparándolo todo para ahorcarse cuando Indra, el rey de los dioses, le vió y pensó:—Voy á dar alguna esperanza á este joven para que no se ahorque. Y se le apareció y le dijo:—«¡Joven, no desesperes! Y para que no te se vuelva á ocurrir la idea de matarte, pon esta joya sobre tu cabeza, y recobrarás el valor que te ha abandonado». En seguida desapareció.

Cuando el joven Kusa fué á entrar en su casa el portero le impidió el paso diciendo:—No entres aquí, que esta es la casa del príncipe Kusa.

—Kusa soy yo—le dijo el príncipe.

Y como el portero no quería creerle, se quitó de la cabeza la joya que le había dado Indra y apareció tal como era antes, con lo cual el portero le franqueó el paso.

Kusa decidió quedarse en aquel sitio é hizo conocer á su padre su decisión enviándole un mensaje.

Indra, el rey de los dioses, le enseñó el lugar en que yacían cuatro tesoros y Kusa tuvo una ciudad edificada con las cuatro piedras preciosas y se llamó Kusinagera, mientras vivió en ella el príncipe que luego fué el poderoso Chakravartin Kusa.

1 Hé aquí, ahora, la nota que pone Ralston á este cuento en la versión inglesa hecha por él de la traducción alemana de Von Shlegel.

La historia de Kusa debe compararse con las numerosas variantes europeas que conocemos con el título de *La niña y la fiera*. El carácter principal de aquél cuento es la unión de una hermosa joven con un monstruo de cualquier especie, cuya monstruosidad es eventualmente curada por su amor y su devoción. La fiera con quien se une la hermosa es generalmente un monstruo sobrenatural y que posee la facultad de abandonar temporalmente su bestial envoltura y presentarse en su forma real como un príncipe prodigioso á otro ser brillante. Como rasgo general de su carácter digno de notarse que sólo en la oscuridad realiza su transformación. En algunos casos, como en la historia de Pisquis y Cupido, se prohíbe á la esposa que trate de ver á su marido, que sólo la visita cuando la oscuridad es completa. Pero en otras muchas versiones de la historia se le concede que vea á su pseudo-monstruo en toda su deslumbradora hermosura. Con frecuencia el monstruo es una deidad á quien una divinidad superior ha degradado desde el cielo obligándole á vivir sobre la tierra bajo una forma monstruosa. Un día la esposa pone sus manos en la piel ó envoltura de su marido y la destruye. Roto de este modo el encanto el marido vuela al cielo ó sigue viviendo en la tierra gozando de hermosura ya nunca interrumpida.

En algunas de las variantes europeas, habiendo desaparecido aparentemente la idea original, la transformación se presenta no sólo irracional, sino grotesca. Así, en un cuento valaco (Schott, núm. 23), una princesa se casa con «una calabaza» ó al menos con un joven que durante el día es una calabaza. Queriendo hacer progresar á su marido, un día la princesa mete la calabaza en un horno y la cuece, y enseguida el príncipe desaparece para siempre. En una historia alemana (Grim, número 127), una princesa que se ha extraviado en el bosque, se ve obligada á casarse con una astuta de hierro. Pero la envoltura que desfigura al héroe, es en la mayor parte de los casos, la piel de un animal inferior: un burro, un mono, una rana, ó la semejanza ó superficie exterior de un hombre odioso. A veces también el monstruo se transforma en una mujer hermosísima. Un cuento indio habla de un príncipe que tiene que tomar por esposa una mona; pero esta puede salirse de su piel de mona cuando quiere y se presenta como una mujer hermosísima, magníficamente adornada. Al hacerle, encarga mucho á su marido que tenga cuidado con la piel mientras vive fuera de ella; pero un día la quema el creyendo así obligar á su esposa á ser guapa siempre. Ella grita:—¡Me abraso!—y desaparece. En una variante rusa de la misma historia, un príncipe se ve compelido á casarse con una rana que está «acitada en un tazón» mientras se verifica la ceremonia; pero que, cuando quiere, deja su forma animal y se presenta como una hermosa joven. Un día él quema su «piel» y ella desaparece. En la historia tibetana de Kusa, la fiera es un monstruo deforme, marcado «con las ochenta señales de fealdad». Por esto se le prohíbe acercarse de día á su mujer; pero ésta le ve un día, se despiertan sus sospechas, deja encendida una lámpara que descubre de improviso cuando su esposo está con ella, y gritando que es un demonio, huye. Pasado algún tiempo, asombrada de la reputación militar adquirida por su marido, se dice á sí misma: «¿Por qué he de aborrecer á Kusa si es tan fuerte y tan bravo?» Y efectivamente le toma cariño, ni más ni menos que la niña hace con la fiera. Es digno de no-

tarse la trompa que hace sonar Kusa y cuyos ecos destruyen los oídos de sus enemigos y hacen que éstos huyan ó mueran y que tiene su semejanza rusa en el síbato que el bandido Solovei ó Nightingale toca cuando hía de Mouram le vence; en las bilinas rusas figura con frecuencia, y cuando suena, los enemigos caen á tierra ó huyen casi muertos.—Hasta aquí Ralston.

2 En mi opinión, hay en este cuento dos temas eminentemente populares, superpuestos uno á otro y muy extendidos en la tradición europea: el del hijo deseado que viene al mundo con la carga de una penitencia inmerecida, y que necesita pasar grandes fatigas y realizar muchos trabajos para ser absuelto de faltas que él no ha cometido; y el del casamiento de una simple mortal con un ser maravilloso, á quien no puede ver tal como es, y que sólo se llega á ella por la noche. Tanto del primero como del segundo podían citarse innumerables concordancias. El tipo del primer tema es, como dice Ralston, *la Niña y la fiera*; el tipo del segundo, como también indica, la fábula de *Pisquis y Cupido*, y á uno y otro entiendo pueden reducirse infinidad de historias parecidas cuya sola enumeración quizá bastase á llenar un libro por sí solo. En el *Archivo delle Tradizioni popolari*, de Sicilia, Vol. I y III, pueden evacuarse una porción de citas que prueban la generalidad de ambos temas tradicionales.

Hay, sin embargo, en el segundo de éstos, una como inversión de las figuras. En efecto, en los cuentos análogos que conocemos, cuando la esposa imprudente sorprende á su marido; éste huye y la impone grandes trabajos como indispensables para borrar la falta en que ha incurrido y torna á reunirse á él; uno de ellos, sobre todo, es muy conocido: que anda peregrinando por el mundo hasta que rompa unos zapatos de hierro y llene de lágrimas un frasco de cristal. Pues bien; en el cuento tibetano, quien huye es la mujer ligera, quien va á buscarla y la recobra á fuerza de penalidades es el marido inocente de todo, y que paga igualmente la ira de los dioses y las veleidades de su esposa.

En España existen variantes de este cuento. Una de ellas, recogida por mí para mi colección de cuentos populares españoles, lleva el nombre de piel de oso: un príncipe que nació con figura de oso desea casarse y no encuentra machacha que le quiera. Un zapatero que tiene tres hijas se las entrega sucesivamente; pero él ahoga en sus brazos la misma noche de bodas á la primera y la segunda, porque al ir á acercarse á ellas le rechazan con horror. La tercera, más humana, más compasiva y cariñosa que las dos mayores, le acaricia, le mimó, le duerme en su regazo, y roto con esto el encanto que le sujetaba, trasfórmase en un joven hermosísimo que colma las aspiraciones de su mujer y proclamado rey á la muerte de su padre hace la dicha de su pueblo. Como se ve, el parecido con uno de los asuntos combinados es exactísimo. Tampoco faltan concordancias para el otro; pero este artículo es ya sobrado largo y no podemos extendernos más. Quede para otra vez hacer un examen más detenido del cuento tibetano y sus similares europeos.

L. GINER ARIVAU.

UN PARRICIDIO

Envolviendo una libra de azúcar, vino á mis manos, cuando ya la taza del café, elaborado en casa, estaba coronada de negro humo, y con la cucharilla zarandeaba el negro líquido ardiente, para su enfriamiento, el capítulo primero de una novela por entregas, que no llegó á concluirse.

Piérome la curiosidad la nota, puesta en forma de advertencia, por el editor, al acabar la impresión de dicho trabajo. Asemebreme, no poco, cuando supe el desastroso fin del autor. Y como creo que os hará pasar un rato, no digo agradable, pero si entretenido, la lectura de semejante engendro literario, doilo á continuación para que juzguéis por vosotros mismos los resultados de ciertas profesiones.

LA MUJER RESUCITADA

CAPÍTULO PRIMERO

El barón de Pradera celebraba por segunda vez sus bodas.

Hay quien dice que había matado á su primera mujer.

Corazón libertino, encontró bien pronto el hastío en la copa del placer que la infeliz Angela llevó á los labios del barón con su amor de virgen.

Roberto (este era el nombre de pila del barón de Pradera) no guardó mucho tiempo el luto, que el recuerdo de su desdichada esposa debía haber puesto sobre su alma.

Pero el barón, engendro de las edades bárbaras, era un tigre con forma humana.

Educado en los bosques, desconocedor de su origen, hasta entonces sepultado en el misterio, debiendo su título á una usurpación, como debía su libertad conyugal á un asesinato disfrazado, tenía más en sus venas la sangre de la fiera que la dulce savia que fecundiza la vida del hombre.

El fin de su vida estaba cifrado en esta sola palabra: «¡Gozar!»

Ninguna sombra, pues, de remordimiento podía nublar su conciencia.

Semejante, aunque en otro orden de ideas, al mendigo hambriento, no reconocía otra ley que su apetito.

Supersticioso, por otra parte, como todos los hombres de su edad de tinieblas, padecía, por causas extrañas, obsesiones terribles.

Cuando la luna, con su sábana plateada, cubría de fantástica claridad los alrededores del castillo que servía de morada al barón, muchas madrugadas solía verle el centinela de la torre corriendo como espíritu errante al través de las rocas, desgredada la melena, los brazos abiertos, dando ahullidos espantosos como lobo que buscara su presa.

Otras veces el barón se encerraba en su aposento señorial, cerraba fuertemente las ventanas y puertas, y permanecía, como en un sepulcro, mudo, inmóvil, sin tomar alimento por espacio de dos días.

Todas estas demostraciones de locura se repetían cuando llegaba a oídos del feroz Roberto esta noticia fatal:

—¡La señora no ha muerto!

—¡Imposible! ¡imposible!—gritaba él furioso.

Luego, abismándose en siniestras ideas, que le hacían salir de terror los ojos de las órbitas, se entregaba a un lenguaje consigo mismo, el cual tenía muchos visos de confesión de un crimen.

Se hubiera ido sin duda, para salir de una vez de aquel vértigo de incertidumbres por cuya pendiente rodaba sin tregua, a los subterráneos de su castillo, donde la tumba de su esposa yacía.

Pero siempre una mano de bronce le clavaba en el suelo, haciendo imposible toda investigación.

Realmente, Roberto era un gran culpable; era un criminal.

Acaso para desechar de su ánimo estas congijas de muerte, ahogándolas en el mar de nuevos placeres, se decidió a contraer segundas nupcias.

No creáis que la mano de una princesa, de una dama de su linaje, siquiera de una de sus sirvientas, era el premio de este enlace.

Su amor fué rechazado por todas las doncellas de la comarca.

En vano apeló a su poder de hierro, a la astucia de sus esbirros, a la fuerza de sus deseos, al prestigio de sus riquezas.

Todas las mujeres huían de su presencia cuando advertían sus propósitos.

Muchas se dieron la muerte.

En todos los pechos había quedado como grabada con fuego la vivísima memoria de aquella mujer que fué más su esclava, más su víctima que su esposa.

El temor de reproducidos tormentos y el odio a un ser desprovisto de todo sentimiento de humanidad, alejaban del castillo del barón a todas las mozas del lugar.

Aquel hombre era un tigre; y el tigre no puede tener otra esposa que la pantera.

Algo parecido a este criminal, seductor y cruel al mismo tiempo, fué la mujer que le puso delante de los ojos el destino.

De negra tez, de labios sangrientos, de talle ondulado y fino como culebra, de ojos rebosando pasión, de seno palpitante por delicias salvajes, y de alma tan negra como su cara, era la hembra singular que una tarde, al anochecer, bajo un cielo cruzado por el relámpago, llegó al castillo pidiendo hospitalidad.

Traía en su compañía hombres y mujeres de su mismo jaez.

Pero ella, por su fascinadora é infernal hermosura, era la reina de aquella tribu aventurera.

No bien la vió el barón, cuando dijo para sí:

—Esta será mi esposa.

—Esta mujer era una gitana.

Pronto se dispuso lo conveniente para la celebración de estas extrañas bodas.

No preguntó el barón a la gitana otra cosa que su nombre.

—Zaba—respondió orgullosamente la bohemia.

—Como tengo mi tez de azabache—añadió—

dió—debo tener un nombre que represente mi persona. Mis compañeros lo han querido, y cortando de él todo lo que sobraba no significativo de apodo femenino, lo han dejado así: ¡Zaba!

—¿Te gusta?—le preguntó al barón, haciéndole una contorsión voluptuosa con su garganta.

Nada contestó Roberto; pero sus dientes rechinaron de codicia: hubiérase dicho que se afilaban unos contra otros, hambrientos por morder.

Nada, pues, se supo por entonces de la historia pasada de la gitana.

Tan sólo se probó que su virtud no había sufrido menoscabo alguno entre las zarzas de los caminos del mundo.

Aquella mujer había sin duda conservado intacto su corazón, como tesoro que se venderá a gran precio en su día, y no como prenda que el deber manda guardar por su estima sagrada.

Era la noche de boda cuando empieza nuestra historia.

El salón central del castillo estaba radiantemente iluminado.

Los manjares más exquisitos humeaban sobre la vajilla de plata cincelada.

Tapices de seda y oro cubrían los muros.

En los rincones de la rica mansión feudal ardían incesantemente pebeteros orientales, quemándose en ellos los aromas más embriagadores.

Sentados alrededor de la ancha mesa veíanse guerreros con media armadura calada, cuyos reflejos acerados y rechinar de ferraje daba un acento siniestro a la fiesta.

Esta vez los antiguos servidores del barón habían sido relegados a las cocinas, a las cuerdas, a los patios de armas, a los escondrijos del torreón, donde su felicidad menospreciada derramaba llanto abundante.

La nueva servidumbre de criados y camareros estaba formada exclusivamente por las gentes que acompañaban a la gitana cuando ésta penetró por primera vez en el castillo.

En las caras de todos ellos rebosaba la alegría ó el orgullo.

Parecía que soñaban.

Aquella vida de pompa les había trastornado el juicio.

Sólo un joven de tez bronceada, de ojos fulgurantes, de cabello espeso y rojizo, no reía.

Confinado a un extremo del salón, maquinando pensamientos satánicos, no apartaba la vista de Zaba.

Aquel mozo había sido el prometido de la gitana.

Suspirando siempre en pos de una dicha que había tenido al lado, hoy la veía alejarse para siempre de su mano.

Por Zaba había arrojado los peligros más locos que puede ofrecer la vida de bandolería.

Porque los amigos de Zaba eran bandoleros.

Las pintorescas, aunque traidoras sierras de Andalucía, mostraban a cada paso, en cada pico, en cada enrejada, en cada pendiente, en cada zarza, en fin, terribles señales de sus hazañas.

Así, pues, aquella tropa de seres criminales, al caer sobre el palacio de Roberto, era como bandada de buitres, cuyas uñas estaban enrojadas por la matanza, que venía a alojarse en un nido seguro.

Mansos y dulces ahora, aquellos buitres se habían trocado en palomos caseros.

La pasión contrariada no pudo, sin embargo, domeñar el pecho del mancebo despechado.

En aquella fiesta era como un espectro que desde las sombras amenaza venganza.

—¡Leonio!—le dijo Zaba, viéndole retraído y comprendiendo la sorda borrasca que tronaba en su alma.—¿Por qué no te sientas como los demás...? Aquí tienes tu sitio—añadió tratando de acariciarle con las palabras.

—No porque me halle casada dejaré de amar-te... como hermano, como siempre te quise.

—¡Pérfida! ¡infame!—gruñó por lo bajo el joven.

Todo su cuerpo temblaba. Nunca se había visto el tan subyugado.

Hubiera querido lanzarse sobre su novia antigua y clavarle en el pecho, que jadeaba por el amor de otro hombre, la punzante hoja de su puñal.

Pero se quedó quieto como roca.

La gitana se levantó de la mesa murmurando frases de excusa, y fué hacia él.

—¡No te acerques, Zaba! ¡no te acerques!—gritó Leonio con voz de trueno.

Después echó a correr y desapareció del salón.

¿A dónde iba? ¿qué iba a hacer?

Pronto se olvidaron los comensales de este incidente, ahogándolo en las espumas de los licores.

Largos y oscuros corredores atravesó Leonio buscando para sus sienas caldeadas un beso de la frescura de la noche.

A pesar de tocar a su término la fría y huracanada estación del otoño, aquellas murallas de piedra, á través de las cuales apenas penetraba durante el día más caluroso de estío el sol por medio de los saeteros, despedían vapores de horno, reflejos candescentes del infierno sobre la frente del mancebo.

Era la carrera de Leonio, por aquellos callejones sombríos, como galope de endemoniado.

Las verjas de hierro que cerraban algunos pasadizos, cedían á su empuje maquinaal como bajo la impresión de un resorte.

Pronto advirtió que bajaba unas escaleras. Anchos peldaños de roqueña, gastados por el pase en su centro, resbalaban bajo sus pies precipitados.

Al fin, llegó á una explanada, cuyo piso estaba húmedo y yerboso.

Siguió adelante y topó con el muro.

Paseando la mano alrededor, observó que era redondo aquel recinto, agujereado á trechos por hondas y ovaladas cavidades.

Miró arriba y sólo vió, allá, muy alta, una claraboya circular por donde se distinguía la noche que reinaba en el cielo.

Era aquello como el ojo vacío y negro de un muerto.

Ante esta idea, se le erizaron los pelos, porque al fin Leonio era un muchacho.

Indudablemente estaba en el pateón del castillo.

Quiso huir, y al precipitarse topó con una tumba que se levantaba en medio del subterráneo mortuorio.

Con el choque cayó de bruces sobre ella, y sus manos se hundieron en su fondo.

Un grito se oyó entonces.

El sepulcro se hallaba abierto, y alguien que no era cadáver se ocultaba en él.

Aquel grito heló la sangre á Leonio.

Todas las consejas que corrían sobre la falsa muerte de la dueña del castillo acudieron en tropel á su espíritu, paralizándolo sus facultades todas el terror.

Leonio sabía que la primera esposa del barón había sido envenenada, pero que su fiel escudero, por un azar explicable, la había vuelto á la vida.

La baronesa exigió el secreto de su resurrección á su servidumbre, y ésta, bajo terrible juramento, le guardaba escrupulosamente.

La infortunada señora había preferido esta vida, rodeada de misterio, á la vida, rodeada de torturas, que podría llevar al lado de su esposo.

Esto se decía con grandes visos de verdad.

Leonio estaba, pues, palpando ahora la espantosa realidad de la leyenda de la mujer resucitada.

Mudo por el espanto, no acertaba siquiera á incorporarse de sobre la tumba.

No cabía duda; aquel grito había sido de mujer.

Lo que tentaba era también las manos de una mujer.

Esta trató de levantarse y reconocerse á su inesperado huésped.

De pronto, aquella mujer lanzó una alegre carcajada.

—¿A qué has venido aquí, Leonio?—dijo ella con una voz fresca y juvenil.

—¡Otro nuevo pavor para el mancebo!

Aquella mujer le conocía, y le conocía hasta en la tinieblas por sólo el tacto.

Además, aquella voz no resonaba por primera vez en los oídos de Leonio.

Antes bien, recordábala como se recuerda un sueño que nos habla de amor.

A sacarle de dudas vino pronto la desconocida.

—No te asustes; soy Isabela, la primera camarista de la baronesa difunta.

Leonio se arrepintió entonces de su pusilanimidad, y dando fuertemente con un pie en el suelo, exclamó:

—¡Mil demonios!... ¿Y qué haces aquí?

—Nada—repuso dulcemente la joven, tratando de rodear con sus redondos brazos al mancebo.—Andaba por aquí y oí gente. Entonces me escondí en esa tumba por chanza.

No quedó muy convencido con estas palabras Leonio.

No hay dada que la picaresca muchacha le engañaba.

—¿Y tú?—dijo ésta á su vez;—¿qué venías á hacer á estos lugares?

Iba ya Leonio á contarle su despecho, pero se acordó que Isabela le perseguía hacia tiempo con insinuaciones amorosas. Así, pues, guardó silencio.

—¡Vamos!—repuso la camarista;—querías saber por tí mismo ese secreto terrible de mi señora muerta.

—Sí, eso era—dijo Leonio maquinalmente.

Después, picado de curiosidad, preguntó gravemente:

—¿Sabes tú algo?

—Nada sé contestó la joven, atrayendo más á sí á su amado.

—Tú, sin embargo, debes estar enterada de todo—dijo Leonio.

—Yo pensé que otras cosas debían interesarte más—murmuró la joven con cierto acento de amor puro.

—¡Oye, Isabela!—exclamó Leonio con decisión.—Me importa averiguar todo lo que hay de cierto en esta tremenda historia de la baronesa. Séme fiel; dime lo que sepas. Te viviré eternamente agradecido. Seré de tí lo que tú quieras que sea.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas por el joven con voz tiernísima.

A punto estaba Isabela de satisfacer plenamente la curiosidad de Leonio, cuando sobrevino un extraño incidente.

Un vivo resplandor rojizo penetró en el panteón.

La claraboya, antes sombría, parecía ahora boca de un horno.

Voces de endemoniados, gritos de furiosos, ahullidos de fieras que se achicharran, acompañaban á tan siniestros fulgores.

—¡El castillo, que se quema!—dijo Leonio.

—¡Huyamos!—gritó Isabela aterrorizada.

Los dos jóvenes volaron á ponerse en salvo.

Isabela, que conocía palmo á palmo el torreón feudal, encontró pronto una puerta sin verja que daba al campo.

Salieron á la esplanada del castillo, y ante sus ojos se presentó un espectáculo imponente, pavoroso, infernal.

Una rueda de fuego circuía al castillo.

Formaban la circunferencia bosques en llamas.

Los radios estaban indicados por siniestros combustibles.

Aquellos combustibles eran seres vivos.

Todos los animales, feroces ó domésticos, cazados en las sierras ó sacados de los rediles, que perdonó el banquete ó el capricho del señor feudal, aparecían amarrados fuertemente á estacas clavadas en tierra y cubiertas de betún resinoso.

El fuego, con sus mil voraces lenguas, lamía la piel hirviente, las entrañas palpitantes de estos seres inocentes.

Desde un corredor del Castillo gozaba de esta espantosa tragedia, con la risa del ebrio en los labios y la copa del festín en la mano, el terrible barón.

No había duda que este espantable incendio se realizaba por orden suya.

Una de estas hogueras de carne viva relucía más que las demás.

Era uno de los viejos escuderos del barón, que se negó á arrimar la tea al cuerpo embreado de un lobo.

El pobre animal, atado con el hombre, comprendiendo tal vez el cruento sacrificio que estaba un poco de piedad hacia él, lamía en medio de la fogata las llagas que el incendio iba abriendo en el pecho desnudo del desgraciado anciano.

Una voz, como salida del sepulcro, se oyó entonces.

—¡Roberto! ¡Roberto!—decía.—¡No olvides que hay un Dios que vela sobre los seres inocentes!

Después la sombra de una mujer, pasando al pie de las murallas que sostenían el corredor á donde se asomaba el barón, perdióse entre la humareda de los bosques incendiados.

—¡Ángela! ¡Mi mujer! ¡Esa es mi mujer!—gritó el barón señalando con las manos la sombra que huía.

Después cayó sin sentido sobre el pavimento del corredor.

—¡Está borracho!—murmuraron los comensales, y se lo entraron al salón.

Escrito lo que antecede, murió el autor de un ataque de apoplejía. ¡Pobrecillo! El editor le pagó espléndidamente esta gerigonza literaria, única que en España acarrea provecho, y el zurcidor de crímenes, que había perdido la costumbre de cejar, fuese al Inglés con la moneda flamante, y pereció de un atracón. Dicen sus amigos que ya, á favor del vino, tenía pensado el segundo capítulo. Hay hasta quien añade que aquella novela le había matado. ¡Tan dificultoso y de través venía el parto! Esto se puede creer. Y en verdad que es este el único caso en que el hijo de un ingenio puede matar impunemente á su padre.

Esta clase de parricidios no están castigados por el Código penal; antes bien, reciben premio de la tácita ordenanza del sentido común.

JOSÉ DE SILES.

LA UNION HISPANO-AMERICANA

CONTINUACION DEL CAPITULO II

Geografía topográfica é historia de Méjico.

Muchos caciques fueron á ver á Cortés y ofrecerle sus respetos, no ocultándole los tiranizados que se hallaban con la voluntad despótica de Motezuma, ofreció Hernán Cortés el librarlos de aquel cautiverio horrible, pues no ya en dinero y productos de su trabajo sino en mujer se convertía el tributo que habían de pagar.

Llegó al campamento español un embajador, sobrino del emperador, el señor de Tezcuco habló al eminente conquistador con soltura y correcto lenguaje, dando las gracias al capitán de los españoles por cuanto había hecho por su señor; la respuesta que obtuvo fué cortés y benigna, quedando el enviado contento de su misión.

Continuaron los hijos de Oriente la marcha hacia Méjico, haciendo noche en varias poblaciones, hasta que llegaron á Iztacpalapa; recibieronlos los caciques comarcanos, el pueblo gritaba entusiasmado, al mismo tiempo que llamaba la atención á los nuestros la magnificencia de la población; ésta se levantaba sobre un lago, en cuyas cristalinas aguas iban á reflejarse lo majestuoso de sus edificios, la corpulencia de sus árboles. El cacique vivía en opulento palacio y tenía para su recreo jardines de fantástica descripción, donde nacía desde las fructíferas plantas hasta la más inútil de éstas; en bien entretejidas cañas se enredaba la flor sencilla y delicada, lamiendo con sus hojas ya el tronco del arbusto cercano, ya las aguas de un estanque; la ciudad estaba abastecida de este precioso elemento por abundantes fuentes llevadas á la población por bien contruidos canales; esta es la descripción de una de las ciudades mejicanas de que eran sombra de la capital del imperio.

Pusieronse en marcha al siguiente día, á la mitad del camino cuatro mil nobles y magnates salieron á recibirlos, haciendo reverencias, quedando luego detrás de Cortés para acompañarlo hasta las puertas de la fabulosa capital; ésta estaba fortificada por castillos; un puente levadizo daba la entrada, y desde alguna distancia, era tal el aspecto de esta población, que hubieran creído nuestros soldados hallarse en una ciudad europea á no ser por los trajes y ademanes de aquellas gentes; las altas casas parecían inmensas fortificaciones, al mismo tiempo que el bosque cercano inundaba

el espacio de aromáticas arañas, y entre las altas copas de los árboles se dibujaba la silueta del regio alcázar donde mora el déspota señor ó donde duerme el siervo adulator.

Llegamos á las puertas de Méjico, de las cuales en aquel momento se veía un panorama prodigioso, no ya en las calles, sino en los terrados y huecos de las casas, mil figuras humanas daban desaforados gritos, movían los brazos, hacían contorsiones humillantes, todas llenas de respeto y admiración, enfrente de la puerta donde el puente levadizo levanta una muralla, una calle ancha, larga, por ella venían hacia los nuestros la comitiva real de Motezuma, compuesta de nobles de su familia con ricos ornamentos; luego gente armada y en su centro el emperador, éste sobre magníficas andas de oro bruñido y bajo palio hecho de riquísimas plumas marchaba grave; delante de él unos indios con lanzas de precioso metal hacían seña al pueblo para que hincase sus rodillas ante la deidad de su soberano, el lujo y el boato, veíase alrededor de Motezuma á un joven, que envuelto por riquísima manta de algodón prendida con valiosas joyas abundantes en perlas y pedrería, representaciones vivas, las primeras de las lágrimas de un pueblo esclavizado, las segundas las deshonras de las mujeres.

Bajó Cortés del caballo al mismo tiempo que Motezuma de sus andas, alfombraron el suelo para que las plantas del soberano, calzadas por suelas de oro no fuesen profanadas por la tierra. Cortés tuvo la honra de recibir de manos de aquel orgulloso príncipe un collar precioso donde abundaba el valor y el arte. Una vez hechas las fórmulas de la etiqueta, retiróse Motezuma con el mismo boato, á la vez que los nuestros, acompañados por uno de los sobrinos del emperador, marchaban hacia su alojamiento entre las aclamaciones de un pueblo que veían en los nuestros la libertad, el derecho del ciudadano respetado, la propiedad asegurada, libre del capricho de un hombre que, como dijimos anteriormente, no tenía más ley que su voluntad ni más Dios que su capricho.

La entrada en la capital del imperio mejicano se efectuó en 8 de Noviembre de 1519; el alojamiento destinado para ellos era uno de los palacios contruidos por el padre de Motezuma, que podía competir con los del mismo emperador; colgaduras de algodón, sillas labradas maravillosamente, contruidas con preciosas maderas; lechos de palosanto, con pabellones de ricos tejidos; en una palabra el arte existía allí, se veía por el tallado de sus maderas el tejido de sus plumas formando paisajes con tanta perfección hechos, que se asemejaban á los privilegios de la Naturaleza. ¡Oh, Providencia! En un pueblo sin contacto, al parecer, con el mundo civilizado, fotografiaba á la belleza de los prados, de los bosques, de las poblaciones; construía muebles para la comodidad del hombre, lo cual demuestra que no eran refractarios á las leyes económicas, leyes que llevan en sí la savia de procurar la comodidad del individuo, y al procurar por esta comodidad, entra la reflexión de cómo ha de obtenerla, de aquí el ahorro, del ahorro, una vejez dichosa y pacífica; mas los mejicanos, igualmente que nosotros, unían la belleza á la comodidad, no querían solamente la materialidad del mayor goce del cuerpo, sino al par que esto, llenar sus sentidos con la impregnada maravilla de lo bello, eso que, arraucándonos del mundo real, nos embelesa con la fuerza atractiva del imán, cautivándonos, haciendolos trasladar á las esferas del arte, y como al contemplar á éste admiramos al Creador, por ser El el primer artista, el primer mecánico, el primer matemático, la única ciencia; mirad, y veréis la verdad: artista, porque hace al mundo, al hombre, escultura imitada por éste, él la crea, él le da vida; pinta con su mano la poesía de los bosques, la belleza de los jardines, la grandiosidad del Océano; mecánico, porque mueve el misero cuerpo del hombre por medio de una maquinaria vital, mueve al gusano en su capullo, al ave en el espacio, á la tierra sobre sí misma, y matemático y científico, porque con exactitud maravillosa hace andar por lo infinito de un espacio á los cuerpos ya opacos, ya llenos de luz, á unos girar alrededor de otros, recibir el calor de éste, la pálida luz de un satélite, y todos en armónico movimiento giran alrededor del gran artista, del único Dios.

Una vez ya en el palacio nuestros heroes, encontraron cuanto les hacía falta, indios que cuidaban con esmero, con una etiqueta y respeto raro para nuestros hombres.

Aquella misma tarde Motezuma pasó á visitar á Cortés, teniendo una conferencia en la que se dieron explicaciones amistosas y promesas para lo futuro; marchóse muy compadecido el emperador, quedando no menos satisfecho Cortés por haber podido llevar al ánimo del príncipe mejicano el respeto y temor al Rey, de las ya Españas, Carlos V; pero sin haber podido hablarle mucho de religión, puesto que Motezuma, habil diplomático, supo excusarse con una de esas frases que no tienen réplica; pidió Cortés al príncipe audiencia por varios mensajeros, siéndole concedida á las pocas horas; vistióse Cortés y su acompañamiento con las mejores galas y encamináronse al real palacio; era éste gran

sioso, tenía más de 30 puertas á diferentes calles, patios grandes y magníficos; una vez cruzados éstos llegaron á las habitaciones del coloso, ricamente amuebladas, formando paisajes de pluma, techos de ébano y rosagillas de gran valor, colgaduras de finísimo tejido, formando un conjunto poético, lleno de alegría; magnates saludaban á la comitiva y al llegar á la antecámara, ministros ricamente adornados recibieron á Cortés, le rogaron que esperase un momento que iban á avisar á su señor; Motezuma los esperaba rodeado de una magnificencia fantástica; oro, plata, pedrería, cubría su cuerpo el aroma, el nácar, el ébano, rosa, palo-santo, cubría las habitaciones artesonadas divinamente construidas y todo aquel conjunto llamaba la atención de los nuestros, pues no creían seguramente hallar semejante espectáculo de esplendidez y etiqueta en aquellos bárbaros, y mucho menos, el arte encarnado en los indios bruscos y salvajes que corriendo por bosques y prados con el arco en el brazo espera ocasión oportuna de poder dar muerte á alguno de sus enemigos; la piedad no la conocían; su conciencia oscura como las tinieblas de la ignorancia, no podía tener remordimientos de una cosa que creían en su derecho, en su deber.

Hablaron Cortés y Motezuma del estado de la Europa poniendo el segundo observaciones acertadas respecto del estado político y administrativo y aplaudiendo las tácticas militares, notándose en su conversación el entusiasmo que le producía al hallar un hombre que según él era descendiente de un rey que tuvo Méjico en la antigüedad y que profetizó que del Oriente vendrían unos hombres que los dominarían. Estos llegaron, según el príncipe y dominaron parte de su pueblo ya por las armas, ya por su presencia. Tal el carácter y bondad de Hernán Cortés, que llevado de un espíritu de amor á la patria y á la religión de su España, procuraba no cometer crimen alguno para no manchar su conciencia; él y sólo él evitó muchas veces con su prudencia el derrame de sangre, diga quien quiera que la conquista de Nueva España, fueron crímenes y no hazañas, no mengua en nada su gloria, pues la madre patria puede estar tranquila que sus ilustres hijos fueron á darle otro mundo con la caballería del español, y pudo colocar en su corona la perla más pulimentada y limpia que han salido del fondo del Océano.

RAMÓN DE SANJUAN.

(Se continuará.)

ASOCIACIÓN TAQUIGRÁFICA

Se suele decir también que el uso de estas notas ó manera de escribir, era ya conocido por los griegos, y que entre los romanos fueron inventadas por Eunio y perfeccionadas por Tiron.

Otros dicen, y es la opinión más autorizada, que el inventor de esta maravillosa manera de escribir fué Tiron, liberto de M. T. Cicerón, por lo que á sus signos y notas se les llamó tironianas. Mecenas, protector de este sistema de escritura, hizo que su liberto Aquis publicase estas notas. Perunio, Pilargio, Pannio y Séneca, cincuenta y cuatro años antes de J. C., fueron famosos taquígrafos entre los antiguos.

Suetonio Tranquilo, que vivió en el siglo II, dice que el emperador Tito, año 79 de J. C., era tan hábil taquígrafo y tenía tal afición, que muchas veces se complacía en competir con sus mismos secretarios.

La taquigrafía llegó á ser muy corriente en Roma, de tal manera, que la ejercitaba toda la juventud, siendo pocos los particulares que no tenían un esclavo ó doméstico versado en ella.

Plinio, el Joven, llevaba en sus viajes un taquígrafo, al cual le dictaba sus impresiones.

De este sistema de notas se derivó el nombre de notario, aplicado á los que tenían que recoger las decisiones del Senado y de las Asambleas públicas, á los que tenían que dar testimonio de las últimas voluntades, y más tarde á los encargados de poner por escrito cualquier determinación que interesara á la fe pública.

En el siglo IV era tan necesario á los notarios conocer este sistema, que se enseñaba en las escuelas, y cuando San Cipriano lo adicionó con algunas notas más, contaba 5.000 signos. Orígenes, San Agustín y San Jerónimo, nos hablan de los taquígrafos.

Durante la Edad Media la taquigrafía cayó en tal desuso, que en el siglo X era casi desconocida; sin embargo, en el siglo XI se citan

casos en que se usó. Aun hoy se conservan manuscritos en notas tironianas (1).

En el imperio de Constantinopla, en que se hacía gran estimación de la escritura y había mucha afición á las obras escritas con preciosos y buenos caracteres, cuya hermosura y preferencia aumentaron, llegaron á ser muy estimados los *taquygraphos*, *calygraphos* y *chyrographos*.

Los primeros eran los que escribían de cursiva, ó sea tan pronto como se habla; los segundos, de pulso, y los terceros, los que se empleaban en hacer las letras de oro y de colores en los escritos más delicados y curiosos. Estos últimos eran los más celebrados.

Los emperadores Anastasio y Teodosio Adramitino habían sido *chyrographos* antes de ascender al imperio.

En el siglo pasado llegó la taquigrafía á una gran perfección en Inglaterra, donde fué practicada mejor que en otra parte del mundo por afamados maestros.

Francia, necesitando de veloces manos que trasmitiesen á las masas, en los tiempos de la Asamblea constituyente, los trabajos legislativos de sus representantes, la acoge bajo su protección y la aclimata en su suelo. El escocés Ransay dedica en 1681 á Luis XIV un tratado de taquigrafía, que no es otra cosa que la traducción del método de Shelton, autor de una de las mejores teorías inglesas de aquella época. Coulon de Thevenot, redactor de un diario en 1792, imagina una escritura abreviada, pero no es aun bastante, y su ineficacia la demuestra el hecho deplorable de no constar, sino en extractos imperfectos, las ardientes inspiraciones de Mirabeau, Vergniaud, Barnabe, etcétera. Bertin, finalmente, introduce en Francia, por la misma época, el método inglés de Taylor. Eclipsase el arte taquígráfico en tiempos del Imperio; pero hermano legítimo é inseparable de la libertad, se eclipsa sólo para reaparecer bien pronto y bajo mejores auspicios en tiempos de la restauración.

La primera obra de taquigrafía que vió la luz en España fué una traducción de Taylor hecha en 1800 por D. Francisco de Paula Martí, natural de San Felipe de Játiva, grabador de metales é individuo de la Academia de San Fernando y de la Sociedad Económica Matritense. En esta traducción hizo Martí algunas modificaciones para acomodar el sistema á nuestro idioma; más aunque se agotó prontamente la edición y tenía ya preparada la segunda, no quiso repetirla por haberse convencido de que las requería mayores y más esenciales para dar resultados en la práctica.

En el mismo año de 1800 y casi al mismo tiempo que Martí, publicó D. Juan Alvarez Guerra otra traducción de la misma obra de Taylor, suscitándose con este motivo animada controversia entre ambos traductores, la cual contribuyó no poco, aparte las observaciones personales de Martí, á la resolución de éste de no publicar otro libro de taquigrafía mientras no hubiese dotado á España de un arte propio y ajustado á las exigencias del mecanismo de nuestra lengua.

No tardó ciertamente en conseguirlo, pues el 17 de Julio de 1802 presentó un método á la Sociedad Económica Matritense. También hubo de parecerle á esta corporación, que impetró y obtuvo de Carlos IV una real orden fecha 21 de Noviembre del mismo año, determinando se estableciese en Madrid una *cátedra de escritura veloz*, cuya enseñanza se confería como en premio á Martí, con el sueldo de 10.000 reales anuales. Además proporcionó el gobierno local adecuado y abonó los gastos de su habilitación, quedando bajo el cuidado y atención de la referida Sociedad Económica el que los resultados correspondiesen á los deseos de S. M. El 30 de Setiembre de 1803 se inauguró el primer curso, después de haberse impreso la obra de Martí, previamente declarada útil por la Sociedad Económica Matritense; obra tan esmerada y fruto de un estudio tan minucioso de nuestro idioma y de una compa-

(1) Sobre la explicación y equivalencia de los signos taquígráficos puede verse el Diccionario de Kopp.

ración tan detallada y práctica entre todos los sistemas entonces conocidos, que desde el primer momento se tocaron sus portentosos resultados, y si bien después ha admitido bastantes mejoras, no afectan al mecanismo fundamental del sistema, que puede afirmarse nació perfecto, justificando en cierto modo la entusiasta frase de Madrazo: «He llegado á dudar que en taquigrafía pueda inventarse nada que ceda, pero ni que compita con nuestro Martí en claridad ni sencillez.»

El mérito contraído por Martí, con haber sido el primero que trató en España de esta materia, que perfeccionó con su excelente obra, es innegable, como lo es el que contrajo la Sociedad Económica Matritense en haberle prestado un poderoso apoyo, sin el cual las Cortes de 1812 no hubieran disfrutado de tal beneficio, y la nación probablemente por mucho tiempo se hubiera visto privada de este poderoso medio de propagación de las ideas.

Desde entonces se ha ido desarrollando en España la taquigrafía paulatinamente hasta llegar al momento actual en que arrastra, con pocas excepciones, una modesta y casi ignorada existencia.

¿Qué significación tiene este hecho? ¿Qué ha pasado aquí para una tan gran mudanza?

En nuestro sentir, una cosa muy sencilla: que los taquígrafos han querido eludir el cumplimiento de uno de los deberes que trae consigo este incesante batallar de las sociedades modernas, el de asociarse, que es el gran principio de la fraternidad humana, para conquistar el puesto que por sus merecimientos deben ocupar en las esferas de la inteligencia.

Pasan años y años, transcurre el tiempo con vertiginosa rapidez, y al unísono de esta marcha camina la humanidad cumpliendo sus altos destinos, realizando aquellas leyes fatales é ineludibles que la naturaleza le ha impuesto y que rigen, como á ella, á cuanto existe y es de algún modo determinación de esa vida general, de ese cambio incesante de cosas y seres, carácter el más distintivo de las manifestaciones de la Naturaleza.

Más ni por pronta y vertiginosa es menos trabajada la vida de la humanidad. Un fin alcanzado pide la realización de otro más alto y trascendente; un descubrimiento exige que se avance otro paso en la investigación de lo desconocido; la ley establecida requiere el apoyo de más hechos para alcanzar categoría de mayor generalidad, y el deseo, en fin, del conocimiento, que tantas maravillas realiza, precisa actividad constante, indagación continua, permanente esfuerzo.

A cada momento, en todos los instantes cúmplase este fin altísimo del progreso, obra compleja á la que todo contribuye y á la que deben contribuir también los que al cultivo del arte taquígráfico consagran su actividad.

Hé aquí la idea capital que hemos tenido para formar esta *Asociación*. ¡Qué dicha, señores, para los que hemos tenido la honra de crearla si conseguimos, aunque no sea más que en pequeña parte, algo de lo mucho que nos proponemos!

Pero este triunfo, si algún valor tiene, débese, en primer lugar, á la juventud que aún está, como quien dice, balbuceando el lenguaje de la cátedra, y ha conseguido una gran maravilla: arrastrarnos á todos en pos de sus proyectos. ¡Maravill digo? Señores: la juventud, cuando conserva su integridad, es decir, su fe, sus esperanzas, sus ideales, y si quereis sus ilusiones, no sólo es la fuerza más generadora del porvenir, sino también la mejor y más dulce tiranía del presente. No hay hombre, por duro, por reacio, por atrabiliario que sea, que no sienta ciertas atracciones misteriosas hacia todo lo que es primicia, virginidad, frescura; y hoy nos dejamos llevar por el elemento joven de la taquigrafía, como á veces sin sentirlo y aun sin quererlo, vamos á respirar un perfume, que es la juventud de la flor, ó cantamos el amor, que es la juventud del alma, ó vamos á saludar la aurora que es la eterna juventud del día. Y ahí teneis por qué tantas eminencias del foro, de la tribuna de las letras, y de las artes, y tantos hombres,

encanecidos en el ejercicio del arte taquigráfico han seguido sin murmurar la general corriente, y como el *fiat*, que sacó tantas cosas de la nada, ha bastado que unos cuantos jóvenes, ayer casi desconocidos, hayan dicho: la Asociación taquigráfica se hará; y la *Asociación Taquigráfica* se ha hecho.

¿Qué va á ser esta Asociación? Mucho, si nosotros queremos; poco ó nada, si llegasen á faltarnos decisión y constancia. Tended la vista por las necesidades de la taquigrafía española y por los problemas que ha de resolver esta que hoy comienza modesta *Asociación* propagar la enseñanza del arte taquigráfico por donde quiera que se hable el idioma de Cervantes, para que cuando sea un hecho el establecimiento del jurado halle un plantel de taquígrafos convenientemente preparados; hacer, que los que al ejercicio de este arte quieran dedicarse, posean aquel grado de ilustración y de conocimientos tan necesarios al que ha de entender en tantas y tantas materias como las que son objeto constante de las deliberaciones del Parlamento, del foro, de los ateneos y de las Academias; invocar constantemente el poderoso apoyo de las personas influyentes en gobierno y en los cuerpos colegisladores, para que se consigne en las leyes cuanto tienda al prestigio, desarrollo y engrandecimiento de este arte. Decidme si no son estas cuestiones capitales dignas de ocupar la atención de la *Asociación Taquigráfica*.

Por eso cuando la opinión de los que se consagran á este arte ha comenzado á preocuparse de alguno de estos puntos de general interés, hemos creado esta *Asociación* que ha venido á fijar el común sentir y la común aspiración. Porque en nuestra época, donde quiera que hay una necesidad sentida por la opinión, allí surge al momento una asociación, allí delibera y allí se manifiestan los deseos que predominan en cada clase y en cada agrupación, allí se buscan soluciones á problemas de sumo alcance, y allí por fin, se anudan los lazos y se aprietan los vínculos que deben unir á los que á una misma profesión consagran su actividad y su entusiasmo.

La *Asociación Taquigráfica* tiene, á no dudarlo, nrduos asuntos que resolver, difíciles cuestiones que discutir, y los que al ejercicio de este arte dedican sus esfuerzos no debían ni podían permanecer quietos y silenciosos. cuando todas las demás clases y agrupaciones se mueven y levantan su voz para exponer lo que más conviene á sus intereses y lo que mejor cumple á sus propósitos.

Hé aquí la razón de esta *Asociación*; hé aquí la causa de esta solemne fiesta, y hé aquí también por qué todas las clases han acogido favorablemente el pensamiento, comprendiendo su utilidad y conociendo las ventajas que está llamada á proporcionar en lo porvenir.

Tras de la *Asociación*, vendrá un *Congreso taquigráfico español*, en el que se discutirán otras cuestiones, y se buscará solución á otros problemas, y en el que el taquígrafo tendrá un palenque abierto para manifestar su opinión, para exponer sus aspiraciones, para indicar sus deseos, que si son justos y razonables, como no pueden menos de serlo, prosperarán y se abrirán paso á través de obstáculos y dificultades, y más tarde ó más temprano los verán traducidos en leyes y disposiciones oficiales, que representen aquella opinión, aquellos deseos y aquellas aspiraciones. Hé dicho.

ADORACIÓN

¡Qué hermosa estaba! La rodilla en tierra,
postrada con fervor ante el altar,
movidos cual las hojas de la rosa
sus labios al rezar.

De sus ojos, purísimos destellos
daban vida á la llama de una luz
que en el altar, como radiante estrella
alumbraba á la cruz.

Al mirarla de hinojos, tan hermosa,
lleno de amor, idólatra quizás,
dije: ¡hoy en la corte de María
hay un querube más!

R. ORTÍZ Y BENEYTO

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX

CAPITULO TERCERO.

Opiniones contrarias al poder temporal.—¿Por qué luchaban los Papas?—Conducta reprobable de los Pontífices.—La monarquía universal y las guerras contra los poderes civiles.

I

Como hemos ya dicho en el capítulo anterior, el papado logró un poder grandioso desde los siglos VII al XIII. Sin embargo, no fué á gusto de todos los sabios doctores de la Iglesia esta preponderancia de los Pontífices en lo temporal, pues el Papa Nicolás I, modelo de buenos Pontífices, condenó con energía la unión del poder temporal y el espiritual en una misma cabeza, atribuyendo el principio de esta unión de poderes al diablo; y otro Papa, Hildebrando, tampoco acepta el poder temporal, al decir de sus palabras, cuando afirma: «...que la dignidad episcopal ha sido establecida por la bondad divina, mientras la dignidad real lo fué por el orgullo humano...»

Uno de los sabios más reconocidos por la Iglesia, Bernardo, que tienen muchos puntos de contacto sus ideas con las de Nicolás I é Hildebrando, dice en sus obras (1):

«Ninguno de los que sirvan á Dios se metan en asuntos seculares. Los reyes y príncipes de la tierra son los jueces de los viles intereses de este mundo. ¿Por qué invadís un terreno que no os pertenece? ¿Por qué vais á segar un campo que no es el vuestro? Es indigno que os ocupéis de esas cosas, porque debéis ocuparos de intereses mucho más sagrados. No sé yo qué San Pedro, cuyo sucesor eres, haya vestido de seda y cubiertos de oro y pedería, ni haya aparecido en público sobre una hacanea blanca (2), rodeada de guardias y oficiales.

«En todo esto no eres el sucesor de San Pedro, sino de Constantino...»

Así se expresaba Bernardo, en el siglo XII, dirigiéndose á un Pontífice. No se han dicho censuras más enérgicas contra el poder temporal, ni razonamiento más claro. Convengamos, todos, en que los títulos y gerarquías de príncipe de los sacerdotes, sumo sacerdote vicario de Cristo, obispo universal y otros que se le han concedido al obispo de Roma, le han sido constantemente disputados y negados por las demás iglesias.

El Papa Pelagio II considera como ilegal el título de obispo universal, y testifica que ninguno de sus predecesores se había arrogado tan profano nombre.

Esto era ya en el siglo VI.

Su sucesor, Gregorio I, exclamaba: «¿Qué responderás á tu Cristo, cabeza de la Iglesia universal, en el examen del último juicio, que pretendes apropiarte todos sus miembros con el nombre de *Universal*? Consentir una denominación tan malvada, no es otra cosa que perder la fe.

«Yo, en verdad, digo con fiadamente que cualquiera que se llama á sí mismo *Sacerdote universal*, ó desea ser asillomado, precede al Antecristo en su orgullo, el porque soberbio se antepona á los demás.»

Bonifacio III, en el siglo VII, fué el primero que se apropió tal nombre.

En el Concilio de Florencia, en el siglo XV, se le aplicó al obispo de Roma el título de *Vicario de Cristo*, reservando los derechos del obispo de Constantinopla.

El título de Papa tampoco le pertenecía exclusivamente.

Los mismos presbíteros de Roma apellidaban á Cipriano, obispo de Cartago, el *Papa Cipriano*.

(1) En su *Tratum et consideratione*, l. VI, c. 6.ª y 7.ª

(2) Caballo algo mayor que las vacas y menor que los caballos; pero de gran valor y hermosura. Hoy apenas tiene uso esta palabra, en España al menos.

Cirilo, obispo de Alejandría, llamó á San Atanasio el *Papa Atanasio*, y Jerónimo concedía el mismo título á Agustín, obispo de Hipona, en Africa.

La autoridad de Gregorio I no se extendía más que á una parte de Italia.

El arzobispo de Milán, hasta el siglo XI, era completamente independiente del obispo de Roma.

El obispo de Aquila resistió á Gregorio I, que intentaba usurparle su jurisdicción.

La iglesia griega, los obispos de Constantinopla y la iglesia africana, no sólo eran independientes de Roma, sino que le negaban y disputaban su supremacía.

El primer Concilio general de Nicea, en el año 325, da á cada iglesia su honor, dignidad y jurisdicción independiente, lo mismo á la de Libia, Egipto y Alejandría, que á la de Roma.

El Concilio general de Constantinopla en 381, confirmó esta declaración.

El Concilio general de Efeso, en 431, declaró la silla de Chipre independiente de todos los otros obispos.

El cuarto Concilio general de Calcedonia decreta que el arzobispo de Constantinopla tenga la misma primacía de honor que el obispo de Roma, y en el Canon IX declara en materia de apelaciones: «Pero si un obispo ó clérigo tuviese una disputa con el metropolitano de la provincia, tenga acceso ó al Exarca (1) de la diócesis ó al trono de la imperial Constantinopla, y allí sea juzgado.»

El quinto Concilio general, segundo de Constantinopla en el año 553, hablando de León, obispo de Roma, y de Cirilo de Alejandría, dice: *El Sínodo da igual honor al obispo de Roma que al de Alejandría*.

El sexto Concilio general, tercero de Constantinopla en el año 680, en el Canon XXXVI, decreta que la Sede de Constantinopla goce de iguales privilegios que la antigua Sede romana, declarando que, si alguna ciudad con respecto al estado civil fuese reconstituida y exaltada por el poder del príncipe, debía seguir también el mismo orden en *materias eclesiásticas*, esto es, sería también cabeza en lo eclesiástico como en lo civil, probando así de una manera incontestable que los privilegios que Roma gozaba eran á causa de su posición civil.

Por las Constituciones imperiales, la ciudad de Constantinopla tenía las mismas prerrogativas que la antigua Roma.

Nilo, patriarca griego, retaba así al obispo de Roma: «Si porque Pedro murió en Roma cuentas como grande la Sede romana, Jerusalem sería mucho mayor, habiéndose verificado allí la muerte vivificadora de nuestro Salvador.»

Los obispos han sostenido siempre con enérgica resolución y derecho legítimo su independencia.

El Concilio de Florencia en 1439 pretendió inducir á algunos obispos griegos á reconocer la supremacía.

La Iglesia de Constantinopla rechazó indignada tal pretensión.

El Concilio de Constantinopla en 1440 declaró nulos los procedimientos del de Florencia sobre tan grave usurpación, y depone al patriarca Gregorio que se había inclinado de parte de los latinos, eligiendo en su lugar á Atanasio.

En este Concilio estaban representadas todas las sillas griegas y presentes todos sus obispos, formulándose por lo tanto una protesta solemne y general de toda la Iglesia griega universal.

Pero además no era solamente la iglesia griega la que pretendía iguales si no mayores derechos y antigüedad que la romana.

(1) Oficial delegado por el patriarca ó por el santo sínodo para visitar las diócesis, restablecer la disciplina y reformar las costumbres del clero.—En la primitiva iglesia era su dignatario eclesiástico muy parecido al que después se llamó *Primado*.—En la iglesia griega es una especie de delegado á *latere* del Patriarca, que visita los monasterios y parroquias sometidos á su jurisdicción. Aun subsiste esta dignidad eclesiástica.

Jerusalén, donde tuvo lugar el primer Concilio y desde donde los apóstoles comenzaron su predicación, era la iglesia madre de todas las Iglesias.

La de Antioquia era asimismo más antigua que la romana.

Reasumiendo. En el siglo III el obispo de Roma intenta sobreponerse á los demás obispos, y es reprendido y rechazado enérgicamente.

II.

En el siglo IV y en el primer Concilio ecuménico, se declara la jurisdicción eclesiástica de los metropolitanos, definiéndose la posición independiente de Roma y Constantinopla. La jurisdicción de apelación á la Iglesia de Roma, se hace extensiva por una orden del emperador Valentiniano, solamente al Occidente. Este privilegio, decretado por la autoridad civil, fué concedido á Dámaso, cuya elección no era canónica, pues éste pretendido Pontífice, colocado á la cabeza de un numeroso partido de clérigos y legos armados de garrotes, espadas y hachas, atacaron á su contrincante Urino, resultando violentamente por la fuerza elegido Dámaso. En la refriega sucumbieron 160 personas, entre ellas muchas mujeres (1).

En el siglo V León I interviene en la elección de otros obispos, pero los de algunas Iglesias usan del mismo derecho.

En el VI, Juan, patriarca de Constantinopla, se declara obispo universal; Roma se lo disputa.

En el VII, el emperador Phocas se alía con Bonifacio III, obispo de Roma, contra Ciriaco, obispo de Constantinopla. Bonifacio declara á Phocas legítimo emperador á cambio de que éste reconozca á la iglesia de Roma como cabeza de todas las iglesias y á su obispo soberano universal.

Esta supuesta supremacía espiritual fué decretada por lo tanto por un edicto imperial, no por derecho divino.

En el siglo VIII, como ya hemos dicho, tiene origen el poder temporal del obispo de Roma.

Esteban II corona por rey de Francia á Pipino, que había depuesto y usurpado el trono á Childerico III, y Pipino en recompensa, toma por la fuerza de las armas el Exarcado de Rávena y otras provincias, y se las cede á la iglesia romana.

Tal es el origen del poder temporal de los Pontífices del ex-rey de Roma.

Carlo Magno confirma el donativo de su padre, añadiéndole otras provincias italianas.

En cambio el Papa concédele el título de rey cristianísimo, con lo que se hizo emperador del Occidente.

A esta época pertenecen las falsas decretales, cuya historia es de todos conocida.

En el siglo XI (año de 1073) Gregorio VII, en un Concilio celebrado en Roma, se da á sí mismo el título de *Papa*, decretando que no debía haber en todo el orbe sino un sólo Papa, y que ese debía serlo él. Desde esta época fué conocido como tal, de hecho, no de derecho, el obispo de Roma.

En el siglo XIII, el Pontífice romano es excomulgado por el patriarca de Antioquia que acusa á Gregorio IX y á su iglesia de simonía, usura y toda suerte de crímenes.

En el XIV, el primer Papa que usó la triple corona fué Urbano V, y el primero que ha sido coronado Dámaso II.

Antes de esta época la corona de los obispos de Roma era la del martirio.

En el siglo XV la iglesia galicana protesta contra la supremacía de Roma y se declara independiente. El Concilio de Bourges, convocado y presidido por Carlos VII, votó la Sanción Pragmática confirmada por el Parlamento francés el 13 de Julio de 1439, retirando de los Papas el poder de presentar los beneficios y de entender

en las causas eclesiásticas dentro del reino, derecho que retuvo la Francia hasta el concordato entre León X y Francisco I.

El Concilio general de Florencia, bajo Enrique IV, decreta la primacía del Pontífice romano, como sucesor de San Pedro, Príncipe de los apóstoles y Vicario de Cristo, cabeza de la iglesia universal; decreto declarado como artículo de fe católica en 1742 por Benedicto XIV.

III

Pero apartándonos de estos recuerdos históricos se nos ocurre preguntar: ¿Siguiéron todos los Papas los consejos de Nicolás I, Hildebrando, Bernardo, Pelagio II y Gregorio I, todos contrarios á la preponderancia de la iglesia de Roma? No: Lejos de esto parodiaron la conducta de otros Pontífices más ambiciosos y prosiguieron sin tregua ni descanso el camino de las intrigas más detestables.

Bonifacio VIII, casi coetáneo á Bernardo, había conspirado para que su antecesor renunciara en él, y su muerte repentina la atribuyen á planes pérfidos y miserables. Apenas empuñó la tiara, por él tan codiciada, declaró dogmática la opinión de que los Papas tenían derecho y potestad para dar y quitar reinos á los príncipes y señores. Exactamente lo propio que siglo y medio antes había pretendido hacer Gregorio XII.

Lo que logró con sus locas pretensiones Bonifacio VIII fué conmover á toda Europa y encender una guerra general que duró largos años, excomulgando, durante ella, á Alberto de Austria, á D. Fadrique, hermano del rey de Aragón, á D. Jaime II, á Eurico VIII de Dinamarca, á Eduardo I de Inglaterra, á Wenceslao IV, á Felipe IV el Hermoso y á cinco reyes más de la Bohemia, excitando con su fanática intolerancia á la rebelión á todos los Estados y sembrando la guerra y el estermio por todas partes.

En el siglo XIII Clemente V conquista á Ferrara por la suerte de las armas, sometiendo la ciudad al saqueo y al desordenado pillaje de la soldadesca más detestable.

Juan XXII fomentó la guerra civil en el imperio, por sostener la proposición de que al Papa pertenecía de derecho nombrar al emperador. Su avaricia fué tal que á su muerte se le encontraron 200.000.000, mientras el pueblo de Roma era asolado por el hambre y la peste.

Clemente VI exigió del emperador Luis V que declarase «pertenecer el imperio al papado; que á este por la institución dogmática de Gregorio II, Bonifacio VIII y Juan XXII, pertenecía de derecho nombrar el emperador, y que ningún electo se coronase sin ejecutar antes la sumisión y vasallaje al Pontífice» (1). Estas y otras proposiciones semejantes quería hacer respetar Juan XXII; pero sus esfuerzos fueron estériles, porque primeramente la Dieta de Francfort, y después la mayoría de los príncipes de Europa desecharon las decisiones del Pontífice.

Clemente VI intervino en muchas cuestiones políticas que no eran de su competencia y cometió tantos crímenes que la misma Brígida, tenida por santa en la Iglesia, refiere (2) que «se le apareció Jesucristo y le reveló que el Papa Clemente era homicida de las almas, destrozador del rebaño cristiano; más abominable que los judíos; más enemigo de Jesús que Judas; más injusto que Pilatos y peor que Lucifer...» En un principio las palabras de Brígida fueron tenidas por calumniadoras, inspiradas tal vez por mezquinos resentimientos; pero la historia vino después á justificarlas, refiriendo sucesos que nadie, hasta aquel Pontífice, había podido perpetrar.

Gregorio X se mezcló en los asuntos políticos de Alemania, Portugal y Castilla, logrando con su funesta inmiscuición sostener una guerra de más de tres años. Habiéndole pedido D. Jaime

de Aragón que le coronase, se negó á ello, hasta que aprobase el monarca castellano el feudo que su padre había hecho del rey en favor del papado. Pero D. Jaime, mirando más por la honra de su pueblo que por la satisfacción de verse coronado por Gregorio X, se despidió del Papa de una manera poco cortés y privándole de los auxilios que le había prometido para proseguir la guerra de los Santos Lugares.

Urbano VI fué elegido Papa, y habiéndose declarado nula su elección en 1378, no quiso renunciar y fué preciso prescindir de él y nombrar Papa á Clemente VII. La ambición y terquedad de ambos fueron causas de las guerras que con el nombre de *Religiosas* asolaron toda la Europa, hasta que al fin, cincuenta y dos años más tarde se terminaron en 1429. Para sostener estas guerras esquilmaron á los pueblos con onerosos impuestos y aun llegaron á venderse los cálices sagrados y las alhajas de las iglesias más ricas de Italia.

Pero no fueron estas las cosas peores que hiciera Urbano VI. A últimos de su pontificado apeló al asesinato, haciendo sufrir tormentos primeramente, y agarrotando después, al obispo de Aquila, que pereció juntamente con cinco cardenales, acusados de una supuesta conspiración; y usurpó el principado de Capua á Juana I de Nápoles, para dárselo á su sobrino Francisco Prignano.

Y en tanto el clero bajo, y aun el alto, á imitación de los ejemplos de aquel Pontífice, comenzó también á salirse del círculo de sus sagrados deberes, siendo esto más de notar en el mismo Roma, donde todo se conseguía por dinero (1) y había bulas hasta para las cosas más imposibles.

En España, Francia y Portugal la intolerancia y soberbia de todos los sacerdotes ocasionaron víctimas sin cuento. En 1390 el arcediano de Ecija incitó al populacho de Sevilla contra los judíos, predicándoles que debieran exterminarlos por medio del hierro y del fuego. En Córdoba, Madrid, Badajoz, Valladolid, Toledo y Burgos se repetían los mismos excesos, y al decir de autores respetables (2) *todo fué codicia de robar, más que devoción por la cosa de Dios*.

Y mientras esto tenía lugar en las referidas provincias, en las de Aragón, Valencia y Cataluña, San Vicente arrastraba también al populacho contra los judíos y nuevos católicos, entre los cuales hicieron una horrible matanza.

En este siglo fué cuando se estableció la costumbre de quemar á los herejes. Hasta entonces las leyes civiles y eclesiásticas sólo disponían que fuesen amonestados y corregidos y cuando más se les imponía una pequeña multa. Pero muerto Urbano VI varios Pontífices tan venales como él le sucedieron, significándose entre otros Clemente VII el *Perturbador*, que causó el cisma en Inglaterra, por la bula de excomunión que lanzó contra Enrique VII (el que hizo aquella célebre alianza entre Carlos I de España y la república de Venecia, contra Turquía), declarando también terminada la guerra de Niza por unos tratados muy ventajosos para la Santa Sede. En su pontificado se creó la orden de los jesuitas y se declaró terminado el Concilio de Trento, siendo uno de los Papas más funestos para el orden de Europa y para la causa de la Iglesia.

IV.

No fué mejor su sucesor Paulo III, que cual como Gregorio VII intentó una monarquía uni-

(1) Cada iglesia parecía un teatro, donde siempre había espectáculos religiosos. Los frailes de la iglesia de San Agustín, enseñaban desde el siglo XII á los extranjeros admirados:

1.º La cuerda con que se ahorcó Judas Iscariote.
2.º Una de las alas del ángel Gabriel.
3.º Una cresta del gallo de San Pedro.
4.º Algunos pelos de las barbas del patriarca Noé.
5.º El palio que sirvió á Moisés después de pasar el Mar Rojo, para sumergir á sus perseguidores.

Los citados frailes vendían estas y otras reliquias á precios fabulosos y sacaban grandes sumas por enseñarlas á los fieles.

(2) Benito Arias Montano y D. Pedro López de Ayala.

(1) Fleuri. Hist. Ecle. vol. IV, pág. 145, edición de París, 1724.

(1) *Historia del Papado*, anónima, publicada en 1642.

(2) *Memorias de Santa Brígida*, parte 1.ª y 2.ª.

versal bajo la autoridad pontificia; pero sus esfuerzos se estrellaron ante la ambición de los príncipes de la tierra, y sólo logró aumentar en 1531 sus Estados con el gran ducado de Bolonia. Veintiun año más tarde, en 1552 conquistó con las armas en la mano las Marcas de Ancona, Macerata, Fermo y Arcoli, adquiriendo más tarde, en 1593, el condado de Ferrara, por la herencia, aunque otros dicen que fué por donación, que obligó á hacer á cierto príncipe de Italia, muy dado á las cosas de Roma. Ultimamente, y triunfando la política de Julio III el *Codicioso*, los Estados de la Iglesia se aumentaron en 1631 con el ducado de los Ursinos, acabando aquí las conquistas y donaciones á favor de los Papas.

Por aquella época la Europa inauguró una política de espectación, hasta que al terminar casi el siglo XVIII la Francia, que no pudo ver con impasibilidad la proclamación de la república del lado allá de los mares, en los Estados Unidos de América, dió también el grito de libertad en las calles de París en 1793, conmoviéndose todos los pueblos, sin duda porque los déspotas adivinaban ya su próximo fin. Y en efecto, proclamada la república en Francia, el rey Luis espirando en el patíbulo, la unidad católica rota en el pueblo francés, que había estado siempre esclavo en su conciencia al papado, el gobierno republicano se dirigió desde un principio á Roma con sus miradas, después con las armas, y ocupando en 1797 los Estados pontificios declaró libre la multitud de pueblos y ciudades que gemían bajo la tiara papal. Pío VI, que reinaba á la sazón, perdió la ciudad de Aviñón que quedó reunida á Francia, el Ferrares, la Romania y el Boloñes, que fueron incorporados á la república Cisalpina, reservándose los franceses la ciudad de Roma que elegían para capital de su república.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

LA HISTORIA MODERNA

I.

Es el espíritu humano insaciable en su tarea de investigación; todos los caminos le parecen cortos y estrechos, todas las luces opacas, incompletas todas las verdades, insuficientes todos los progresos, y en esa elaboración constante en que viene ejercitando su dilatada vida, ha procurado ir allanando dificultades y desbrozando asperezas, separando del tronco común los vástagos de la ciencia que por su vigor y lozanía podían ya fructificar solos, facilitando el estudio al sustituir con ideas claras y distintas el confuso hacinamiento de conceptos que se habían considerado de un mismo orden debiendo vivir en campo diferente; y cuando este trabajo de ordenación se ha llevado á efecto siquiera haya sido parcialmente, háse podido ver que una de las ramas de más capital importancia de ese árbol, que el Ser Supremo vivifica con su luz y que el nombre nutre con su trabajo, es la ciencia histórica.

A su estudio háñese dedicado las más claras y poderosas inteligencias, y en nuestros tiempos es tal el desarrollo que va adquiriendo, tan grande el impulso que ha recibido, que no tiene que envidiar nada á las demás esferas de la actividad intelectual. Y no será porque no hayan las ciencias históricas encontrado obstáculos en su camino, no será porque no hayan tenido que recibir los embates de escuelas distintas, ni los ataques de valerosos contendientes, pues en éste, como en todos los órdenes del pensamiento, cuando una idea se lanza al campo, cuando una nueva bandera se ve ondear al viento, nunca faltan quienes, deseosos de la gloria, ó envidiosos del que pretende triunfar, acuden al lugar del combate, unas veces guiados por sentimientos nobles, y movidos otras por pasiones bastardas, á contribuir con su esfuerzo al logro del ideal ó á entorpecerle, arrojando sombras en el camino que ha de recorrer.

Nada tan perjudicial á la historia como esas escuelas llamadas *supernaturalistas*, que son lo que el fanatismo en las religiones, porque hacen al individuo esclavo de la Providencia, creyendo con Bossuet que el corazón del hombre está dirigido por la mano de Dios.

Nada tampoco más perjudicial que los sistemas naturalistas, pues cayendo en el contrario extremo, hacen al hombre esclavo de la materia.

En los dos casos, la libertad humana queda anulada por completo; en los dos casos el hombre, encadenado cual otro Prometeo, por una fuerza superior, tendría que doblegarse á lo que la Providencia ó la materia quisieran ordenarle, desapareciendo entonces ese interés y esas enseñanzas que los acontecimientos pasados nos dan para que en lo futuro las generaciones puedan caminar con paso firme y seguro á la perfección.

La escuela llamada clásica, muy pagada de la forma, muy amiga de la rica vestidura y del hermoso ropaje, y que con gran entusiasmo cultivaron italianos y españoles, sin duda obedeciendo á esa ley de afinidad entre las razas meridionales, tampoco ha de producir grandes resultados en cuanto á la verdad que exigirse debe en las obras históricas, aparte de que por su lenguaje puedan ser bello ornamento de una literatura. No se le ocultaba esta dificultad á nuestro compatriota insigne, Ambrosio de Morales, cuando con aquella galanura de estilo decía, refiriéndose al que había de ser historiador: «... *ya que en la verdad de la historia no pueda sobrepujar á los pasados, vencerlos, há á lo menos en decir más hermosamente las cosas, dándoles mayor gusto y dulzura con las que le pueden poner el buen estilo.*»

No han dejado de hallar eco en nuestros días estas mismas afirmaciones, que no podemos admitir por lo que de exclusivistas tienen. Bueno que se le consientan al ilustre historiador cordobés, porque más eran achaques del tiempo en que vivía que defecto propio; pero sustentar hoy, á la altura que los estudios históricos han llegado, que la forma y sólo la forma es el espíritu y el alma de la historia, indica que ha guiado la pasión ó el deseo de mirar con apacibles ojos todo lo que el pasado nos proporciona.

Y ya que una escuela más racional ha sabido dar al trabajo histórico la importancia que se merece, por el papel que dentro de la ciencia general humana desempeña, y puesto que parece ser van despertando en nuestra patria las aficiones hacia estos estudios, que tanto iluminan el espíritu, haremos breves reflexiones acerca del carácter y tendencia de la historia de la época presente.

Es el hombre el sujeto de la historia: si no le han comprendido así muchos escritores, ha sido por culpa de los tiempos ó por culpa de los sistemas. Hay unas ciencias que han estudiado su sensibilidad, otras su imaginación, otras su pensamiento. Se contentan con mirarle bajo un aspecto, con examinar una de sus facultades; pero el hombre es susceptible de más amplio estudio y de más completa investigación. Esta es la causa de que la ciencia histórica haya venido como á suplir tal deficiencia, procurando estudiar al hombre bajo todas sus fases y en su total actividad.

Despojada de todo carácter parcial y exclusivista, ha comprendido cuán noble era la tarea de juzgar al ser humano, porque juzgaba á la humanidad. Así es que consideró al sujeto de la historia, no como ser aislado, porque sabe que su aislamiento es su muerte; no como individuo sin relaciones, porque éstas le son tan esenciales como el aire que respira, sino en unión con los demás seres de la especie, formando sociedad. En ella ha realizado todos sus grandes hechos, en ella se ha mostrado grande con la virtud y criminal en el vicio, en ella ha sido esclavo y libre, siervo y señor, sabio ó idiota, mendigo y rey. De la sociedad ha recibido fructíferas enseñanzas y á la sociedad ha dado inmortales pensamientos.

Ella le ha provocado á los combates terribles de la sangre, y ella ha visto perturbada su conciencia por las más pacíficas, pero no menos tremendas luchas de la idea. Y en este movimiento eterno, y en esta eterna contienda del individuo con la sociedad, en este flujo y reflujo de ideales que se desvanecen y de ideales que alborean, de catástrofes que surgen y de tempestades que se desatan, de instituciones que se derrumban bajo la espada de un conquistador y de tiranos que levantan su trono sobre los hombros de un pueblo esclavizado; se ve cómo el hombre cumple con su misión, cómo la ley de la historia sigue su marcha inalterable; que no porque á veces nos parezca que un pueblo retrocede, el progreso se para, no; es que, como dice un gran escritor, la humanidad suele dar pasos atrás para cobrar más fuerza.

No hay obra tan grandiosa, ni tan difícil como la de estudiar al ser humano á la manera que la historia lo estudia.

Véase sino de qué modo para conseguirlo; ha tenido que acudir en demanda de auxilio á ciencias particulares. Las geografías le facilitan el escenario en donde ha manifestado su actividad; las físicas y naturales indagan su origen, las transformaciones que el planeta ha sufrido y las edades que se sucedieron antes de la aparición del hombre sobre la tierra; las filológicas, levantando el velo que cubre las primitivas razas y los pueblos primeros, encuentran en cada raíz un misterio, en cada nombre un arcano; la cronología mide con asombroso acierto los periodos de la ya larga vida de la humanidad; la mitología, en este cuadro que de dudosas tintas y de colores tenues tiene trazado, da materia al historiador, para que guiado por su recto é imparcial juicio, tome las figuras que no están en pugna con la realidad, y despojándolas de sus falsos ropajes, las lance al mundo de la verdad, como hábil artífice que labra la estatua engrandecida por su genio para que viva en las regiones del arte; la arqueología presenta á nuestra vista los antiguos monumentos; la filosofía, en fin, que es como el principio de todas las ciencias, que es como la base de todas las verdades, llega á examinar con atenta mirada las acciones del individuo, analiza, investiga como se ha conducido antes, para deducir de sus observaciones cómo ha de caminar después.

Y no ha de fiarse igualmente el historiador de todos estos ramos del conocimiento. Mientras debe buscar con decidido empeño el apoyo de las ciencias naturales y la filología, debe mirar con marcada desconfianza, ya que no rechazar por completo las leyendas, los mitos y las tradiciones. Por eso el ilustre pensador que ha venido á formar época en los modernos tiempos, el gran filósofo Hegel, rechaza, no admite participación poética en la historia, separa todo el elemento de la fantasía, juzga que la ciencia de los Tucídides no debe alimentarse de mitos ni tradiciones, quiere que la verdad y la realidad tan sólo se vean en ella reflejadas; desea, en fin, que la historia no sea extraño zurcido de mal relatados hechos, ni oscura crónica, ni narración gallarda de hermosas leyendas, más propias de la ligera pluma de un novelista, que de la reposada y sensata del verdadero historiador. No así con las ciencias naturales: ellas han abierto horizontes tan claros, regiones tan dilatadas, que la vida de la humanidad se ha prolongado muchos siglos, y el historiador ha visto surgir mundos nuevos de ideas desconocidas. Así es que, á pesar de lo larga que nos ha parecido la existencia del hombre, para realizar su destino, sin embargo, al ilustre orientalista francés. Mr. Renan, le parece, y no sin razón, muy corta.

«¿Qué valen—dice—los tres ó cuatro mil años que conocemos de historia, comparados con el infinito de duración que nos ha precedido? La historia no comienza á ser escrita hasta que la humanidad ha llegado á cierto estado de reflexión. Nuestro siglo, á través de prodigios de inducción científica, ha llegado á alejarse notablemente los límites de la historia». Y si esto es así, si las modernas investigaciones han marcado nuevos derroteros al espíritu, ¿qué extraño es que los historiadores de las edades pasadas no hayan, por punto general, comprendido el verdadero fin que la ciencia de los Táciitos estaba llamada á cumplir?

II

Ya que algunos se han dejado guiar por el apasionamiento y por el fanatismo, sin comprender cuán inmenso era el daño que hacían á la verdad de la ciencia, convirtiendo á la *revelación* en fuente provechosa que fecunda las regiones de la historia, no dejaremos de decir algo de tan marcado interés. No se crea que hayamos de confundir lo que la revelación es y lo que la revelación significa dentro de las religiones que se han dado en llamar positivas con lo que representan dentro del terreno histórico. No está en nuestro ánimo hablar de la revelación en sentido religioso, y sí sólo como fuente de la historia. Si esta es rama del conocimiento humano, que tiene como base la investigación y la experiencia de los hechos, si espera á conocer en todas sus manifestaciones, y á las personas en todos sus caracteres, para deducir una ley ó derivar un principio, si no ha de admitir nada que se le presente sin medios de comprobación, si su fin es descubrir la verdad de los acontecimientos para que ni una sombra de error

ó de duda oscurecerlo pueda, no se comprende por qué extrañas aberraciones de la inteligencia se quiere que la revelación, de grande importancia para el creyente y para el fanático, pero de ninguna para el hombre de ciencia, sirva de sólido fundamento al historiador. La revelación que sustenta y mantiene á las religiones, y que eleva las almas místicas á la contemplación de celestiales regiones, no ofrece garantía suficiente en nuestro estudio. Por esta razón, al escritor que en los presentes tiempos haya de trazar los hechos de la humanidad; cuando se le ofrezcan de un lado las ciencias naturales, explicándole las edades terrestres, y de otro la revelación con sus misterios; cuando contemple la filología comparada, aclarándole con una letra, con una raíz, con un nombre, las diferencias y las afinidades de las razas que hoy viven con las que ayer vivieron; y la revelación que le solicita con sus místicas creaciones, no debe ni por un momento dejarse llevar de las vacilaciones de su conciencia, y si quiere hacerse digno de que los tiempos le respeten y le veneren los sabios, debe acudir allí donde la claridad se le preste con abundancia y no donde las tinieblas reinen; allí donde la certeza se respete y no donde se rinde culto al error; allí donde se vean elementos de progreso y no peligrosas reacciones; allí donde la luz se agite y no donde la sombra viva.

En vano será firmar con Bossuet, Bergier, Malebranche, y cuantos miran la revelación como elemento de la historia, que aquella es necesaria para comunicarnos verdades que nuestra razón no hubiera podido encontrar, porque esto no satisface á las inteligencias ansiosas de la verdad. Aquello que el historiador no pueda penetrar con luces naturales de su razón, no debe admitirlo, porque no ha de fortalecer su espíritu, y si imitando á Pascal desea embrutecerse para creer, ó siguiendo á Tertuliano quiere amar el absurdo, puede abandonar el cultivo de la historia que no necesita de otros sacerdotes que los que rinden culto á la verdad, á esta verdad, que imperfecta y todo tal como la razón humana la concibe, tiene mil veces más importancia para nosotros que la infalible verdad que Dios sólo comprende.

Y si este espíritu religioso de que han querido investir á la ciencia histórica, ha producido grandes errores, no han sido menores los que ha reportado el afán de considerar esta rama del espíritu humano, bajo un concepto parcial. Unos creen que la historia es el cántico de alabanza que los pueblos deben entonar en honor de los reyes; otros que se limita á la narración seca y descarnada de las glorias de las naciones; quién piensa que no puede haber historia allí donde no se haya recibido el espíritu cristiano; quién otro juzga que no hay narración verídica y exacta sino se cuentan las víctimas que los rencores de los hombres han producido, considerando la superficie de la tierra como sangriento campo de batalla; y en tanto que unos entretienen el gusto de su tiempo relatando sabrosísimas y novelescas acciones, otros llenan sus crónicas narrando minuciosamente escenas de la vida doméstica de algún soberano inbécil ó de algún miserable favorito, sin que se curen jamás de enseñar por qué modo las ciencias progresaron, cuáles fueron las instituciones que el derecho fundamentó, sucediendo con frecuencia que mientras se dedican inacabables páginas á las hazañas de los poderosos, no había una que ensalzara á los humildes; que mientras se propagaban los libros en que estaban escritas las proezas de los emperadores, se olvidaban las mayores proezas de los pueblos, y que en tanto que lucían en las páginas de la historia ignorantes que encumbró la fortuna, no había una línea para los sabios, tan dignos de la gloria.

Cuando Cicerón dice de la historia *nuntia vetustatis*, cuando Bossuet lo considera como la «sabia consejera de los príncipes», y Lingard como el «cuadro de las miserias impuestas á la multitud por las pasiones de algunos hombres»; cuando De Maistre la compara á un «inmenso campo de batalla», y la Cordaire la juzga como el «archivo de las deshonras humanas», no hacen sino mirarla bajo el aspecto que más pueda convenirles para la defensa de las teorías que siguen; impresionados tal vez por un hecho ó por una serie de acontecimientos, no vacilaron en lanzar peligrosas afirmaciones, que les han conducido á dirigir fuertes ataques á una ciencia que el apasionamiento de su juicio no les dejó lugar á comprender bien. La verdadera historia no

es esa: la historia, tal como deben entenderla los tiempos presentes, mira mucho más alto.

No deberá tener preferencias para los unos, ni para los otros desdenes; no ha de componerse de largas narraciones de guerras y conquistas á que tan acostumbrados nos tienen casi todos los historiadores; no ha de ser el espejo en donde se retraten las hazañas de los príncipes y potentados de la tierra; ha de romper de modo violento con la tradición, si quiere estar más conforme con la justicia y con la verdad; no ha de mirar exclusivamente al arte ó á la religión, á la jurisprudencia ó á la filosofía, á la política ó á la ciencia, sino á todas juntas; que en tanto que la actividad humana no se ponga de manifiesto, lo mismo en lo que de material tiene, que en lo que se posee de inmaterial, el estudio no ha de completarse ni el pensamiento satisfacerse, ni se ha de comprender la lucha que por sujetarse á la ley del progreso viene sosteniendo el hombre: síntesis en que se armoniza el espíritu y la naturaleza.

ANTONIO R. GARCÍA.

EL AMOR

Amor es un dulce anhelo
que el alma en su fondo encierra
nave que desde la tierra
nos lleva al puerto del cielo.

Una flor del paraíso
creada por la ilusión,
esencia del corazón,
donde nace de improviso.
Raudal que fecundo vierte
en nuestra vida el placer,
y que... también suele ser
la cicuta de la muerte.

R. ORTÍZ Y BENEYTO

ESA

Ustedes la conocerán, si no todos, algunos. Hace pocos meses no la conocíamos más que unos cuantos caballeros andantes, de los que no dejamos rincón sin visitar ni comadrón á quien dirigir un saludo.

Es guapa, joven, de esbelta figura y algo gaditana, según ella dice, y se conoce por el *asento*.

Hay quien asegura que lo mejor que tiene *Esa* son los ojos; y no es verdad: la boca es muy superior, es decir, mucho más correcta.

Tan pequeñita, que apenas se puede el explicar quien la oye cantar que salgan á través de aquella boquita ciertas coplas de *jaberas* y de *malagueñas* y de *martinetes*.

¡Y qué dentadura! ó ¡qué dentición! como diría algún académico de la lengua.

Pues ello es que vestía modestamente y usaba para diario una mamá, á quien ya habíamos conocido varios sujetos haciendo de madre de diversas niñas.

—Hay mujeres que nacen para la maternidad—decía ella,—y yo soy una de ellas.

Por supuesto, antes de ser madre había sido hija universal.

Nuestra *Esa* apareció en Madrid como aparecen todos los genios: pobre y humilde.

Primeramente cosía á mano, y luego, entrando en las reformas del progreso, cosió á máquina.

Pero notó que perdía la vista, y renunció á la costura durante la noche.

Después renunció á coser durante el día.

Dudó entre hacerse tiple ó matrona, y optó por dedicarse á profesora de bordado en bajo relieve.

Era una especialidad, y las especialidades pueden abrirse camino con más facilidad que las personas generales.

Esa se proporcionó tarjetas al minuto en las que indicaba sus conocimientos y ofrecía sus servicios al público.

«Fulana de Tal, joven gaditana, de paso en esta corte, profesora en bordados de bajo relieve, y además de la facultad, ofrece á usted sus servicios.

»Calle de... número...

»No tendría inconveniente en acudir á casa de los padres».

Esta última advertencia daba al anuncio carácter sospechoso.

Así se anuncian las nodrizas movilizadas.

Esa vivió modestamente del producto de sus lecciones.

Pero la inocencia en Madrid, aun cuando sea gaditana, se ve expuesta á continuas asechanzas y graves peligros, y no faltaron tunos, que en Madrid más bien sobran que faltan, que viesan á la joven profesora y la dijese *cosas*.

Esas cosas que los pícaros hombres dicen cuando no tienen qué hacer á las muchachas jóvenes, feas ó bonitas, que hay gustos muy variados.

El era un chico del arma de caballería y teniente y buen mozo.

Rechazar á un muchacho que reúne esas y otras condiciones, no es posible en chicas que se estimen en algo.

Ello fué que *Esa* se encontró teniente de la noche á la mañana.

Que se estableció en un sotabanco limpio, pero pequeño, con cuatro sillas y un cabo, dejando á la familia de un ordenanza de telégrafos, que la cedía una alcoba con vistas al comedor de la casa y luces directas, pero de petróleo.

La teniente dejó algunas lecciones y no quiso admitir otras, como la que le proporcionaba un señor muy maduro, el cual fué á visitarla para que le amaestrara en la especialidad del bordado en bajo relieve.

Los amores con militares ofrecen varios inconvenientes para las muchachas.

Los cambios de guarnición cortan sinnúmero de relaciones amorosas y turban la marcha augusta de Himeneo.

El teniente se fué, y *Esa* quedó de paisana.

No sé lo que pensaría, pero sí que, algunos meses después, la ví con un caballero en los asientos de penumbra del teatro de la Zarzuela.

Supe que aquel señor era un tío que la había salido en Madrid, por parte de padre.

Después del tío, la salió un primo con una cara que parecía un cepillo de limpiar botas, pero con dinero.

Esa reformó su guardarropa y se presentó al mundo más bonita que solía.

Un joven aristócrata la separó del cepillo y la estableció.

La perdí de vista, y luego supe que había vuelto á los bajo-relieves; que ingresó más tarde en el orden público; en clase de esposa interina de un individuo del cuerpo.

Luego cantó en otro cuerpo: en el de coros de un teatro de zarzuela.

—Me ha dicho el maestro que puede proporcionarme una voz de tiple sin pretensiones ó, por lo menos, de *soplano*, que viene á ser una especie de *sopla-tiple*.

Estuvo en algunas plazas, digo, en algunos teatros del reino; vagó como cantante *merina* por varias provincias, y, por último, se borró.

Hace dos meses ví venir por la calle de Alcalá un carruaje tirado por dos hermosos caballos.

Nota. Estoy viendo por dentro al lector, y le oigo exclamar:

—¡Lo de siempre! ¿A que venía *Esa* dentro acompañada por un duque ó un príncipe chino?

Pues, no, señor.

Esa había pasado ya, con dirección á Recoletos, vendiendo naranjas, y si se descuida la atropella el carruaje.

Peripecias de la vida.

Anoche he sabido que es la esposa filial de un muchacho de 65 años, muy rico y muy amigo de las niñas.

Esa lleva el nombre de la señora de...

El piensa legar su fortuna á su señora y á los niños que la nazcan.

Aún hay patriotas.

EDUARDO DE PALACIO.

CONSUMMATUM EST

Ya antes le habían hecho probar todo el acibar de nuestra legislación.

Le habían sumido en húmeda letrina sin luz y sin aire; le habían confirmado abyectamente con el número de su calabozo; le habían privado del trato de la gente, y habían macerado sus carnes con el suplicio de la argolla y el tormento del grillete, esas dos sombrías creaciones de un cerebro malvado que odiaba á la humanidad.

Los siglos no podrán jamás absolver el refinamiento de crueldad con que en nuestra época se tortura al desgraciado, al indefeso.

No es ni podrá ser nunca honrada hazaña, la de asesinar á alfilerazos á un hombre maniatado.

¡Asombrosa previsión de las leyes!—Se le martirizaba en el interin no estuviese perfectamente comprobada su culpabilidad.

Como algunos insectos, hacia vida subterránea... Si de las inquisiciones jurídicas resultaba absuelto, decidme, ¿qué ganaba?

Saldria con la frente marcada de negro: en ella se podría leer «ha estado en presidio»—peso que hunde...—con el corazón loco, negro también, todo venganza...—fuerza que precipita...

Él se decía: «No es posible que me maten so pretexto de que en un momento de extravío maté; en este crimen de la sociedad hay más cantidad de infamia que en el mio: hay premeditación, hay ensañamiento, hay alevosía...—¿Qué se invoca? ¿La pena del Talió? ¿Me asesinan porque asesiné?—¿Pues que se cumpla en todas sus partes!—¿Quiénes son los encargados de agarrótar á los que han decretado mi muerte, á esos hombres vestidos de negro, con birretes negros, que hablan de la justicia con el mismo tono insolentemente despreciativo que los chulos de sus queridas, á esos hombres de organización física dudosa, que no tienen entrañas, que no tienen nervios, que no tienen en su cerebro una sola protuberancia en donde, como el estambre en la flor, se encuentre la idea del bien; que son tigres vestidos de ajusticiados, pero con raso, y que envejecen ¡cosa admirable! sin haber sentido la horrible mordedura del remordimiento, que produce la calentura, que origina el insomnio y que, en resumen, es el más enérgico de todos los tóxicos que contra la salud conspiran?—Esos hombres son monstruosos... esos hombres... ¡qué hombres! no lo son, no pueden ser hombres los que firman sin temblar una sentencia de muerte y tienen luego en depósito besos tranquilos de amor que depositar sobre la frente de sus esposas... satisfechas como ellos... felices... ¡las hembras del tigre!

Un día estaba como siempre desarrollando graves planes de venganza contra la sociedad, y maldiciendo de esa Providencia que invoca la gente y que en tantos y en tales apuros deja a sus criaturas, sentado en la dura piedra del calabozo, menos dura que el corazón de sus carceleros, cuando ese ruido especial que produce el paso de la gente al atravesar por una galería deshabitada, rompió el hilo de sus cavilaciones. Saltó con la agilidad del mono hacia atrás y se puso horrible... Lo que en el hay de hombre desapareció, quedando lo que hay de fiera...—¡Era desconsolador el espectáculo que ofrecía aquel ser, bárbaramente amalgamado á la prisión con grilletes y cadenas, y que por instinto se disponía á luchar rabiosamente contra el tropel odioso de los que se acercaban!—No puede concebirse apoteosis más gráfica de la debilidad que esa. Aritméticamente podría ser representado por esto: Uno contra el Infinito.

La reacción fué también rápida. Cuando los hombres que representan en la sociedad la ley entraron en el húmedo agujero de aquella gran desgracia, había desaparecido el duro entrecejo de su frente siniestra, y hasta una sonrisa de tranquilidad jugueteaba en sus labios, color de la tristeza...—No era el tigre, porque se parecía á la zorra. Por su parte,

aquellos hombres nada de hostilidad revelaban en sus rostros.

Uno de ellos, un vejete intranquilo de color terroso, leyó, aunque en voz alta, en forma rutinaria y casi ininteligible, un gran papel, cuyo texto resultaba bárbaro á fuerza de *caló* jurídico, de *atendiendos* y *considerandos*... El final sí lo dijo en forma clara y reposada.—

«Debemos condenar y condenamos á Fulano de Tal á la pena de muerte en garrote, etc...»

¡No engañó su instinto al desgraciado! La sociedad se le aproximaba una vez más para precipitar la horrible agonía de su alma...

Con las formalidades prescritas fué conducido á la capilla... La decoración cambia. Antes era sombría. Ahora es negra.

Figuraos una pieza cuadrangular, fría y lóbrega como todas las celdas de la cárcel, pero más que ninguna horripilante y medrosa... La luz entra como de contrabando, incierta, por los enormes barrotes de la ventana, pretexto de la ventilación, que en uno de los extremos figura, y hasta el aire á que da paso parece cargado de emanaciones y pestilencias pútridas para envenenar la vida del infortunio que se acorraba en aquella funesta antesala de la muerte.

Un catre, cuatro ó cinco sillas bastas, de esas llamadas de Vitoria, una imagen de la Virgen de los Dolores, medio alumbrada por dos velas, un Crucifijo, y aquí lo tenéis todo. Una maldición en el cielo y un precipicio en el suelo.

Medio dormido, y formuláticamente, masticando oraciones en uno de los ángulos de la habitación un clérigo, que representa allí el suplicio moral, el espíritu intransigente del catolicismo enfrente de la desventura.

Cuando el infortunado reo, sobrecitado extrañamente por toda la sombra que lo rodea, echa á volar la imaginación por los fantásticos espacios de ensueños y quimeras salvadoras, cuando sacudiendo el monstruo de la desesperación que le hinca los dientes en los órganos afectivos, hasta hacerle sangre, y olvida su propio ser, su propia personalidad, para soñarse otro, para creerse otro, y verse figurar en el concierto de la vida con su pedazo de participación, contemplarse gozoso en los brazos de su amada que le aguardaba impaciente, ¡ah! el ministro del altar que está allí en acecho, salta bruscamente sobre su presa, le golpea en el pecho, se lo hunde y niega al cielo y la tierra con estas palabras: «Esta es la hora de Dios; piensa que vas á morir».

Hombres del siglo XIX, hombres inconsecuentes, ¿por qué acusáis al siglo XV, al siglo XVI? ¿Por qué declamáis contra la Inquisición? No veis en vuestro estúpido ergotismo que la Inquisición no ha muerto; que vive, que vive en nuestra edad y se llama cárcel; que vive en nuestro Código y se llama ley.

Antes se atormentaba al acusado para que confesase el delito. ¡Ahora se le martiriza para que se convierta á Dios que le abandona! ¡Hasta se le proporcionan todos los refinamientos del capricho humano para hacerle más perceptible todo lo que pierde con el gran viaje á la Eternidad!

¿Queréis más infamia?

Ya le han hecho oír seis misas.

Ya le han reconciliado con Dios y con los hombres.

Ya le han hablado de los seres queridos que deja abandonados en el mundo: su mujer, su madre, sus hermanos....

Ya le han dicho que la pena de muerte no ha sido decretada por el fúnebre curial de ojos vidriados que conoce, sino por lo vindicta pública que así lo exigía.

Ya le han dicho que á las ocho muere.... ¡y son las siete!

Ya se presenta el verdugo... ¡qué sarcasmo!... ya se arrodilla impetrando el perdón del reo.

Ya le ata.

Ya sale de la capilla entre cantos quejunos y fatídicos de sus miserables compañeros.

Ya monta en el coche... La multitud con avaricia se fija en él y le señala con el dedo.

Ya llega al patíbulo. Sube sus peldaños. Ve el horrible instrumento y siente algo como una sacudida eléctrica en su cerebro. No tiene más que veinte años y tenía muchas ilusiones.

Ya se sienta en el banquillo. Ya lo cinchan bárbaramente. Ya le tapan la cara con un pañuelo, para que la sociedad no note la horrible y espantosa contracción de su fisonomía. Ya el imbécil ejecutor dió la primera... la segunda vuelta al tornillo... Ya ¡qué horror! pone su cara al descubierto para que lo alcance el rencor de la ley más allá de la muerte. Ya se agolpan oleadas humanas alrededor de ese gran crimen social, para retener en la memoria la imagen de la víctima y tal vez continuar odiándola....

Si por inexplicable fenómeno, aquella figura negra, rígida, se levantara, el mundo se asombraría de verla tan augusta, tan grande, tan admirable. Tengo para mí que aparecería coronada, con la corona sublime del martirio....

Hay algo grande en todas las víctimas de la infamia humana.

ALEJANDRO SAWA

Madrid.

EL ANGEL DE LA TIERRA

I

Sería preciso la imaginación fecunda de un Cervantes y la galana pluma de López, para poder pintar á mi placer lo que llamo Angel de la Tierra. ¡Oh! no comprendo cómo hay quien desoyendo las leyes del progreso, insulta desde la tribuna del pueblo á la mujer, de esa tribuna que debiera fijarse en los puntos más capitales y no volar cual *avispa* dañina por los jardines celestes; la mujer es la criatura que desde niños nos enseñan á balbucear las primeras palabras, á pronunciar las primeras oraciones, esos salmos á Dios, que quedan encarnados en nuestra alma como en los corazones, ella la que nos guía por la senda florestal cubriendo nuestras cabezas, aún orladas por el cabello de oro, con la sombrilla del cariño para que no nos dañe el sol de sus temores, ella la que anima el espíritu al trabajo empujándonos hacia adelante, señalando con sus blancos dedos, por límite el infinito, por ejemplo al Redentor; así, aún maldeciréis á la que ya hechos hombres enciende el fuego patrio en las venas. Como Juana Pita en Galicia y la heroína de Zaragoza, esto cuando el corazón late con la fuerza de la juventud, cuando el hombre ha de ser libre para gozar de las pocas delicias de este mundo y prepararse á una vejez dichosa, es cuando necesita más á una mujer que le desgarre el velo de la ilusión y del capricho, dejando en descubierto la horrible efigie de la mentira y la falsedad, del vicio asqueroso y no del goce, porque no existe felicidad verdadera en la tierra, no comprendemos nuestros propios intereses, y de ahí que haya quien dejando el lápiz correr sobre el papel diseñe contornos femeninos, coloque bajo ellos algunas palabras alusivas, resultando el conjunto más desacreditado para el que lo hace que para las que quieren herir con la mortífera flecha del ocio; ¡la mujer queréis atacar! cuando tal vez los que vierten el veneno del ingenio en eso estén dominados por la que critica.

Ya sé yo que no es precisamente á la generalidad del bello sexo la que tiene la fortuna de recibir los aguijonazos de la *avispa* ociosa, que no reuniendo más cualidad que la de volar y destruir por donde pasa, pica por picar sin comprender lo que hace: por fin llegó la vejez, la nieve corona las cabezas y enfria los corazones, y aquellos que durante su juventud quisieron aparecer como seres indiferentes á los encantos de las hijas de Eva, tienen que apoyar su insegura frente sobre el pecho cariñoso de un *Angel de la Tierra*: ésta se desvela, no duerme; te anida, procura el bienestar y cuando ya el cielo lo llama, cierra ella sus ojos, recoge el último suspiro y derrama lágrimas; ella sola en aquel momento fatal es la que llora sobre un cadáver y eleva al Dios de la bondad sus fervientes oraciones.

He aquí un hecho acaecido en esta capital y presenciado por una persona muy conocida. En la calle del Olivo un guardia de orden público cumplía con el deber de vigilar la casa donde existía un colérico; este desgraciado hombre vióse de pronto acometido

por la terrible epidemia: grita, pide socorro, y el cuerpo convulso, las manos crispadas y los ojos vidriosos, alejaban del lugar de esta escena triste a todos los transeúntes; dos compañeros del atacado, a una distancia respetable, le dirigían frases para animarlo, como si enseñando al glotón ricos manjares se diera por satisfecho; en este momento angustioso, cuando el guarda caía herido por el mal al suelo, una mujer, sencilla, pero hermosa, con la hermosura de un alma caritativa, cubierta su cabeza por blanca toca y su cuerpo por oscuro sayal, depositaba en su falda la frente del desgraciado, cogía entre sus blandas manos las callosas y nerviosas del desgraciado guardia; esta mujer sublime exponía por segunda vez en horas su preciosa vida; en el cuarto segundo de la casa que guardaba el de orden público existía, como hemos dicho, un colérico; ella asistía a éste; llegaron a sus oídos los gritos desesperados de un hombre, y acudió presurosa a prestar sus servicios y verter el bálsamo precioso de la religión. ¡Qué cuadro más aterrador y sublime! En una esquina, la multitud curiosa; en medio de la calle, dos guardias petrificados, y sobre la cera, el infeliz en el suelo, su cabeza sobre la falda de una hermana de lacaridad, resplandeciente por la luz vívida de su grandiosa obra, y envuelto por la oscuridad de la noche, un hombre que descubría su cabeza ante el cuadro que acabamos de pintar.

Esta es la mujer, ángel sublime, que bajando de las mansiones del amor, recorre el mundo material con la seguridad y la fe de la verdad y pureza, la que a pesar de lo mucho que se ha reconocido su valor en la sociedad, siendo admitida hasta en el Estado, hay aún quien no pudiendo mirar al sol de frente busca las sombras para herir.

En cambio, este mismo ángel se pervierte, arrastra la vida ociosa del vicio, se hunde en el abismo de lo desconocido, arroja al aire la carcajada satírica de la que no tiene ya que perder, y empuja a la misma sociedad hacia el precipicio que le abrió; esta mujer, no por su gusto, sino por la necesidad, pierde sus alas y no vuela por los jardines de la ilusión y del cariño; no se eleva al mundo fantástico, sino que se arrastra por el mundo de la realidad asquerosa.

RAMÓN DE SANJUAN.

(Se continuará).



En Cádiz hay una niña... no creas lector que voy a jugar al corro.

Esta niña que hay en Cádiz no se llama Catalina,

Se llama O.

El nombre más breve que puede tener mujer.

Hija de un usurero que por economizar, ha a las letras del nombre de su hija, se guardó en la caja.

O... O, es un nombre que no dice nada.

Por más que otros nombres también se estén callados.

Pero sin embargo, expresan algo.

Aunque a veces lo que expresan es diametralmente opuesto a su acepción.

Por ejemplo, yo conocí una Dolores que siempre estaba riendo.

Y una Angustias más fuerte que un roble.

Y una Soledad que en su ejército amoroso tenía cuerpos activos y de reserva.

Pero volvamos a Cádiz.

Es decir, a O.

Ni más ni menos que si estudiara la cartilla.

O tenía una cabellera más negra que una mala tentación.

Y unos ojos, como dos malas tentaciones.

Cuando se reía, que era muy a menudo, dejaba ver, entre unos labios que parecían hechos para dar besos, dos carreras de dientes, que parecían contruñidos para partir caramelos.

Yo hubiera recibido lleno de placer mi sentencia de muerte, si el dogal ejecutor hubieran sido sus brazos.

Yo hubiera sido capaz de casarme con O.

Su padre había muerto.

O iba vestida de luto.

Parecía una paloma en tinta.

Su fortuna no tenía nada de escasa, gracias a la escasez de su padre.

Su buena madre, muy achacosa ya, no tenía más dolo que su O.

O tenía pretendientes a docenas.

Unos ambiciosos de su dote y los otros, también.

Sí, porque en esta época no hay hermosura ni virtud donde no hay patentes argentinas.

Y los pretendientes de O eran de esta época.

Ninguno, sin embargo, alcanzó bajo su reja otra correspondencia que *La Correspondencia de España*.

Porque debajo de la reja de O la vendía una ciega.

Y ellos la compraban allí por pasar en algo el rato.

Tras algunos años de continuo asedio, se fué viendo desaparecer toda aquella legión de Tenorios.

Todos se habían aburrido.

—Es de hielo—decían unos.

—Es una idiota—repetían otros.

Pero ninguno decía:

—Somos antipáticos.

O:

—No es el nombre de la niña, sino la conjunción.

O:

—Nos ha conocido la intención.

Una tarde estaba O cuidando sus macetas.

Se me había olvidado decir que era muy dada a las flores.

Casi todas las mujeres lo son.

Su predilección era un rosal.

Pasó a la sazón un pollo muy simpático.

Vió a O.

Aunque iba deprisa, sin darse cuenta acertó el paso.

Aunque caminaba por un pavimento de piedra, pareció que había entrado en un camino de greda.

Tal se le pegaban los pies al suelo.

Y las miradas a la reja de O.

Es decir, a la reja no, sino a O.

Volvió atrás y pasó veinte veces.

—No me mira—exclamó desesperado.

Pero O le había visto ya cuarenta veces.

Las mujeres ven cuando quieren más que cuando miran.

Cerró la ventana.

El pollo se alejó vivamente impresionado.

Aquella noche no pudo dormir tranquilo.

Tal efecto le había producido aquella mujer.

Apenas los arboles de la aurora entraron para curiosear por los intersticios de su balcón, se puso de pie, cual si hubiera visto entrar a O.

Se sentó a la mesa de escritorio.

Cogió la pluma y se puso a escribir.

Fue lacónico; su billete decía:

«Señorita: estoy locamente enamorado de V.

Deseo que V. lo llegue a estar de mí, aunque sea cuerdate.

Desde que la ví, si miro al cielo, si veo el mar, si contemplo el rosal que V. acariciaba, sólo percibo su imagen.

Sobre todo en el rosal.

Usted es una rosa que Dios ha cortado de él.

Aguarda su respuesta impaciente, su apasionado

Carlos N.»

Se vistió en un santiamén.

Se lanzó decidido a la calle con la carta en la mano.

Llegó frente a la casa de O.

Miró en todas direcciones.

Nadie, todavía era muy temprano.

Se encaramó a la ventana y entre las hojas del rosal puso la carta.

Volvió a su domicilio, se desayunó como si no estuviera enamorado y emprendió el camino del campo de sus conquistas.

Situado frente a la casa, esperó.

La carta estaba allí.

Los minutos le parecían siglos.

Al fin, tras dos horas, es decir, tras doce mil años, se abrió la madera de la ventana.

La silueta de aquel rostro encantador, se dibujó entre las mallas de las cortinillas:

Al fin terminó aquel eclipse, desaparecieron los cuerpos opacos interpuestos entre el sol y el planeta que ambicionaba su luz.

O apareció con una jarra de china en la mano.

Iba a echar agua sobre las hojas del rosal cuando vió el papel.

Se detuvo, le cogió, vió que era una carta y suspendiendo la obra de misericordia, de dar de beber al sediento, volvió a desaparecer.

El corazón de Carlos daba doscientas evoluciones.

La verdad es que son momentos críticos.

Como los que pasa un autor dramático esperando el veredicto del público, en noche de estreno.

O el pretendiente en el antedespacho del ministro.

Yo no los conozco, pero me los figuro.

Otra vez O en la reja.

Carlos dió al aire su cabellera.

Como quien dice, saludó.

Ella hizo un gesto difícil de definir.

Sin embargo, Carlos lo interpretó a su gusto.

Porque se frotó las manos y dejó ver en su cara una expresión de inmenso placer.

Después de la faena del riego, O le miró y le hizo otra seña.

Esta se comprendía bien.

Que esperara.

Carlos esperó, en efecto, diez minutos.

Trascurridos, vió caer de la reja otra carta.

Corrió, la recogió y oprimiéndola convulso echó a andar.

¡Qué feliz soy!

Pero cuando empezó la lectura cambió de modo de pensar, porque cambió de expresión.

Hé aquí la carta:

«Caballero, tal vez hubiera V. conseguido mi cariño, si no hubiera V. dejado correr tanto la pluma.

Las indiscreciones se pagan.

En su epístola me ha inferido la mayor de las ofensas, creyendo halagarme.

¿Con qué soy el rosal?

Esto será muy bonito, muy poético, todo lo que usted quiera, pero es una ofensa.

Porque si yo soy esa planta, como yo he nacido de mi madre, por ende, mi madre es el tiesto.

Ha insultado V. a mi madre y esto le hace a usted odioso para mí.

O.»

¡Oh...! exclamó Carlos.

¡Esto es el colmo de la susceptibilidad!

Una víctima más del desdén de O.

Pero no, porque Carlos insistió, rectificando y entre dimes y diretes, sin saber por dónde, se vió O presa en las redes de Cupido.

Tan, presa que a los tres meses se casaba con Carlos.

No fueron nada felices.

Carlos siguió con las cartas.

De la baraja, por supuesto.

Y a falta de capital suyo que perder, perdió el de O.

Porque Carlos jugaba siempre a perder lo que llevaba.

Tuvieron muchos hijos.

Y mucha hambre.

Y poca paz.

¡Qué desgraciada fué O!

¡Oh...!

R. ORTÍZ BENEYTO.

BODAS FUNEBRES

María de Brogadan había nacido para realizar magníficamente lo que en el lenguaje pintoresco de los refinados se llama una mujer adorable. Veinte años, que parecían ocho por los inocentes y puros; que parecían una eternidad por la reconcentración absurda de belleza que representaban: ojos grandes, rasgados, soñadores, azules, con mucho fondo latente de melancolía y muchas claridades vagas de esas que al decir de los poetas se desprenden de los ojos de las deidades acuáticas, y que al decir de los hombres que tienen la costumbre de mirar hacia lo alto dejan cernir los astros en las fulguraciones espléndidas de sus magnificencias siderales; y como lujoso coronamiento de aquellos ojos, formados en la misma proporción de espíritu y materia, la frente, una frente pulida a mano por Dios mismo, en que el pensamiento no tenía necesidad de manifestarse haciéndola conmoverse como a la onda marina la inquieta ráfaga de aire que lleva en su seno para ser reconocido sagrado. Aquella frente no podía disimular su grandeza, como el Océano tampoco puede disimular la suya, tenía el signo misterioso de lo infinito y la graciosa debilidad de todas las cosas humanas que llevan la muerte suspendida sobre la cabeza;

sin ella, sin esa debilidad de sexo, de contextura, de temperamento, María de Brogadan hubiera inspirado, no ya á los hombres cultos, sino hasta á los salvajes de la Senegambia, más admiración que cariño, más espanto que admiración, y más culto, pero de orden religioso, de superior á inferior, que simpatías ó afectos; pero la debilidad atemperaba y hacía agradable á la perfección.

La boca de aquella mujer era una cosa prodigiosa; sucedía con ella que no se la podía mirar impunemente, porque parecía una provocación al beso. ¡Oh! si el alma se manifiesta por la palabra y deja evaporarse sus sentimientos por la boca, ¡qué aromáticos y qué frescos los sentimientos de aquella mujer!— Toda la primavera con sus coloraciones y perfumes, con sus estallidos de brotes y sus fecundantes cópulas, con su eterna juventud y su incitante gracia sirviendo de brillante y poderoso auxiliar al amor. Y como síntesis de carne y hueso de aquella belleza soberana, como remate de aquella inspiradísima arquitectónica de donosura y arte, la poética cabecita rubia semejante por su tamaño á las de las heroínas del romanticismo elegante y por sus entonaciones de color á las de las espirituales vírgenes del Correggio. Forma, expresión, redondeces de brazos, de piernas, de caderas, combinaciones curvilíneas del torso, color... ¡Qué artista eres, Natureleza!

Pero tal como están organizadas las sociedades humanas, María de Brogadan, por el hecho de haber nacido en el seno de una familia humilde, no podía aspirar á unirse con un hombre digno de complementarla. Tan menguada es nuestra civilización en materias sociales, que cree haber realizado un progreso cuando cambia de nombre á una infamia ó á una injusticia cualquiera; lo mismo, exactamente lo mismo que si un médico creyera haber destruido los principios morbosos que afectan más directamente á la vida por haber introducido reformas en las clasificaciones y en las nomenclaturas patológicas. No existe el ilota, el pária, el soudra, el siervo; pero existe el trabajador del campo y aun el obrero de las ciudades. No existe la casta patricia ni la casta plebea; pero existe la casta del pueblo, nombre genérico que á veces se usa como injuria, la casta de la llamada clase media, y la casta aristocrática. La Natureleza, que ni se arrepiente ni se enmienda, inconsciente como es en sus maquinaciones, incurrió en el contrasentido de que María de Brogadan, aristócrata por organismo, desde los pies á la cabeza, naciera entre los apuros y las dificultades económicas de una familia de modestos, de modestísimos servidores del Estado. ¿Por qué no la echó al mundo un vientre de duquesa, una de esas maternidades llenas de sobresaltos durante el embarazo y de indiferencias después del parto? El hecho es que María de Brogadan, sintiéndose maltratada por la realidad, desertó voluntariamente de la vida del tendero, de la vida que hacemos usted y yo, por ejemplo, y solicitó y obtuvo la hospitalidad consoladora, pero funesta, de la fantasía; se domicilió fuera de la tierra, en un astro cualquiera, en su estrella favorita, la estrella de la mañana; y ya allí, con fiebre en la frente y sudores fríos en las extremidades de su cuerpo, y vahidos en la cabeza y ansias indescriptibles; menarrables en el alma, pensó en el amor, pero no en el amor con que sueñan las vírgenes, que es un amor lleno de misterios y de signos cabalísticos de inocentes impudores y de adorables hipocresías, de suspiros sofocados antes del estallido, y de ligeras señas casi imperceptibles, de falsos convencionalismos y de miradas dolorosas, que más que el alma enseñan el blanco de los ojos; sino en el amor á que aspiran las aventureras y las pecadoras que consiguen retener el alma á pesar de las liviandades del cuerpo; un amor que fibra batallas, que se encarniza y se disfigura en la pelea, ya vértigo, ya furia, que se cierne por lo azul y se revuelca por lo sucio, que provoca tempestades estruendosas y deja que emanen de su esencia cesirillos suaves; un amor

magnífico, en una palabra: triunfó desde la altura y catástrofe desde el fango.

María de Brogadan amó delirantemente, con algo de demencia, á un hombre indigno de ella en todos sentidos, á pesar de su levitad ajustada y de sus títulos de nobleza: al joven marqués de X... ¡Ah! si el amor tuviera inteligencia, si no fuera como es, por su contextura desafortadamente loco, yo sé que terminaría siempre por un idilio y no por una tragedia!

María amaba á su ídolo como han amado todas las mujeres del mundo, desde Eva—esa poética hipótesis—hasta nuestros días, con las ansias brutales de la posesión, del ayuntamiento, de la amalgama, de la compenetración de temperamentos, de la fusión de sexos. Así bestialmente, como ama la hembra al macho; pero con esta diferencia: la chispa divina.

Y era siempre la chispa divina la que se retorcia en el pecho de María de Brogadan, hasta formar llama siempre que el joven titulado daba un asalto, una batida furiosa al buen nombre, al sexo heroico de su prometida. Ella resistía á costa de su vida, haciéndose sangre, desangrandose. ¡Esas hemorragias internas de las cuales no se percibe más que la decoloración de las mejillas, el áspero fruncimiento de los labios y la mayor desesperación de la pupila!

—¿Por qué no me quieres? ¿por qué pones dices á estas tempestades de mi cariño inmenso? ¿por ventura no eres mi prometida?

—¡Ah! es que yo quiero que mi unión á tí, legitimada por la sociedad, tenga esos dos sombríos simbolismos de las religiones que se llaman la consagración y el sacrificio. No quiero entregarme, ser tuya á pedazos. Quiero serlo completa, perfectamente íntegra y de una vez para siempre...

—¡Bah! confiesa que no me quieres, y confiesa también que la repetición de estas escenas va haciéndose fatigosa para los dos. Mira, *bambina*, hasta mañana te doy de plazo... ¿Ni un beso siquiera? ¡Oh, los resabios de Lamartine! Parece que estamos representando el *Rafael* á lo vivo.

Ella le escuchó aterrada. Nunca pensó que la ruptura pudiera ser una solución de sus amores.

Al otro día volvió él, pero la encontró en la cama. La lucha la había rendido. Era el árbol aserrado por el pie, tumbado en el suelo, pero conservando todavía la opulencia de sus verdes hojas, de sus caprichosas ramas, de su aroma, de su resina, de su savia, de su interesante vida aparente. Al otro día ya comenzaron á amarillear las hojas; al otro no pudo disimular su pesadumbre, su miseria, que estaba herido de muerte. Poco tiempo después sólo quedaba el tronco, abandonado, trágico; reproche ó queja, muda, pero sombría, pero severa, pero desesperada, á una sociedad que transige con el hombre que acomete y declara maldita á la mujer que se abate hasta la cuarta y quinta generación de sus debilidades y sus amores...

Se llamó al médico, y el instinto de la vida hizo transparentes en María de Brogadan todas sus intimidades, todos sus pudores...—Pero el médico se atuvo más á sus libros que á aquella naturaleza viva, palpitante, que se retorcia y quería vivir...—«Un principio hipertrófico en el corazón, complicado con tuberculosis.»

—No, mentira, que muero porque él me falta, y parece como si con su ausencia me hubieran negado el aire, porque me ahogo... El es todo mi horizonte, es mi ser respirable. No deis nombres falsos á las cosas, doctor, os lo ruego. Una tuberculosis no es una pasión que revienta de apoplejía. ¡Oh! verlo un instante, solo un instante, y luego ¿qué me importa?—la caída vertical en la muerte.

La madre, su madre una mujer chiquita y redonda, insignificante hasta ser casi invisible, se hizo cargo de la situación é hizo fulgurar en aquel cuarto de la calle de Tudescos donde vivía un hecho heroico digno de la antigüedad pagana. Bien es verdad que fijándose seriamente en sus lecciones, inexpresivas á primera vista, se notaba en ellas un bizarro pareci-

do con aquel viejo romano contemporáneo de Bruto, amamantado no con leche de loba como Rómulo, sino con leche de leona. Hizo llamar al cobarde desencadenador de aquella tempestad sombría, de aquel cataclismo, y presentándolo á su hija que parecía ya como rodeada de un limbo de voz de luz rosada precipitándolo sobre ella, poniendo violentamente en contacto aquellas dos naturalezas simpáticas, arrojando una masa sobre la otra con una soberanía de fuerza más propia de la epopeya que del drama, los pupilas distendidas hasta parecer desgarradas, y la voz, mejor dicho, el alarido, estridente, agudo, espantoso, no ya de bestia enjaulada que se dispone á morder, sino semejante al que debió lanzar luzbel al ser precipitado á los infiernos, con una especie de majestad soberana y la cabeza erguida con la actitud insolente de un loco provocando al rayo: «Tómala—le dijo; ahí la tienes. Es tuya. Yo te la entrego.»

ALEJANDRO SAWA.

TUS LABIOS

Todos ensalzan tus negros ojos
grandes, rasgados
y todos dicen que en sus miradas
son abrasados.

Yo no lo niego, ¡cómo negarlo
si mi alma inflama,
de sus amantes miradas tiernas
la viva llama!

¡Cómo negarlo, si son las hebras
que les guarnece
red misteriosa, que me cautiva
que me enloquece!

¡Cómo negarlo, si cuando ausente
voy de tu lado

para mí el cielo, aunque esté hermoso
se halla nublado!

Pero ¡ay! tu cara, algo, precioso
tiene más que eso,

y son los labios con que una tarde
me diste un beso!

R. ORTÍZ Y BENEYTO

EL BESO DE NIEVE Y EL BESO DE FUEGO

I.

«Dos besos tengo en el alma
Que no se apartan de mí.
El último de mi madre
Y el primero que te dí.»
(Copia popular.)

La noche estaba oscura, muy oscura; las sombras acumulándose más y más en el vacío parecían querer aprisionar eternamente los destellos de los astros y convertir en caos horrible lo que fué y sería píelago inmenso de luz y de armonías.

Tendida en el lecho; fluctuando entre la realidad y la nada estaba mi madre... sus ojos se cerraban poco á poco, su aliento iba extinguiéndose lentamente y su cuerpo á intervalos se estremecía; era la lucha grande y fatídica del alma y la materia; era la lámpara de la vida que se apagaba al soplo tenue y helado de la muerte.

De rodillas junto al lecho yo ni veía ni sentía; no tenía ni alma, ni pensamiento, ni corazón, ni luz en los ojos, ni aliento que respirar; era la estatua del dolor; un ser sin ser.

Oscilaba de un blandón la amarillenta luz alumbrando fatídicamente aquella faz adorada y la imagen de un santo casi oculta entre las cortinas de aquel lecho funerario.

De pronto oí un gemido y me levanté... incliné mi frente desesperado para oír en mi tormento el último latido de aquel corazón, el último suspiro de aquel seno en que tantas y tantas veces me había reclinado buscando la calma que me robaba el dolor; mi madre me miró, se incorporó con angustia... aproximó delirante á mi frente sus ya cárdenos labios... murmuró besándome:—¡Sé feliz hijo del alma!—y cayó para no levantarse jamás... aquel beso me estremeció y caí junto al cadáver creyendo en mi delirio escuchar que el eco lúgubre repetía:

—¡Sé feliz, hijo del alma; sé feliz!

II

—¿Te acuerdas?... Un beso, ciego de amor, te pedí un día que nunca olvidaré, y tú me dijiste:

—¿Qué es un beso?

Sonreía el cielo, sonreían las flores y sobre nuestras frentes, por el aura acariciadas, volaban con impalpables alas las ilusiones... De pronto el viento, en esplendente madeja, nuestros cabellos juntó... Nuestros labios se encontraron, y el eco de un beso se perdió bajo las frondas del bosque, y al besarte, vida mía, bebí en tus mejillas una lágrima dulce como el néctar de las flores; pura como el llanto de la aurora... ¡Era el rocío del alma, que otra alma en su cáliz recogía!...

III

Ella también murió.

De aquellos días, tan sólo el recuerdo triste queda, y entre dos tumbas, por la fatalidad colocadas, siento eternamente sobre mi frente el último beso de mi madre, y en mis labios el beso de ella, ardiente como el sol, mientras creo aún escuchar de los ecos las apagadas voces, que lúgubramente van á lo lejos repitiendo y repitiendo:

—¡Sé feliz, hijo del alma!... ¡Sé feliz!...

MANUEL LORENZO Y D'AYOT.

Madrid 1885.

LAS MADRES

Lo más sublime, un mundo de poesía,
flor, al suelo, del cielo trasplantada,
una nota de dulce melodía,
el más limpio fulgor de la alborada,
la natura en su rica lozanía,
del Hacedor la esencia inmaculada;
retratan á la madre que en sus hijos
tiene, llena de amor, los ojos fijos.

Lo más terrible, de la tierra el cieno,
flor por el huracán rota y marchita,
el eco ronco de imponente trueno,
el rayo que la nube precipita,
el corruptor efecto del veneno,
fiera sin corazón, por Dios maldita;
es la madre, que al vicio consagrada
aparta de sus hijos la mirada.

R. ORTIZ Y BENEYTO

LA MARMOTA

I

Allá en la Auvernia, casi oculta entre las nieves, había una choza habitada por una mujer y un niño de cinco años.

Ricardo se llamaba el niño y María su madre.

Ambos carecían de lo más necesario; pasaban las noches abrazados angustiosamente; el frío era intenso y no tenían con qué abrigarse; tenían hambre y les faltaba un miserable pedazo de pan.

La madre cantaba meciendo al hijo; pero cantaba con voz dolorida; su canto era un himno funerario; un ¡ay! desgarrador del alma; estenuado por el hambre, el niño se dormía; cesaba el canto de la madre; las tinieblas lo envolvían todo y caía la nieve y ahullaba el lobo en su oscura madriguera.

Pasó el tiempo: la madre se inclinaba bajo el peso de los años y el niño crecía á su lado, como crece la verde rama junto al carcomido tronco.

Ricardo tenía una marmota á la que había enseñado mil gracias y que bailando al son de destemplado organillo les proporcionaba el sustento.

La madre al fin murió y el niño al verse solo cogió su marmota y su instrumento y abandonó la cabaña.

Vagando errante por las montañas hacía bailar á su marmota, y cuando llegaba la noche no tenía más lecho que los copos de nieve, ni más caricias ni arrullos que el beso helado del viento y el rujir de las fieras á lo lejos.

II

Era una tarde de invierno.

El sol ocultaba su faz dejando á las cienientas nubes el último destello de su luz.

Ricardo vagaba por el monte; hacía un frío intenso; ocultaba entre sus harapos á la marmota y su rígida mano daba vueltas al manipulador del organillo, que dejaba oír acordes tan tristes como los últimos que vibran en la agonía, en el arpa éolica del alma.

Ricardo siguió andando, andando; nadie le oía, nadie salía á socorrerle; la noche avanzaba y el infeliz tenía hambre: tenía miedo.

Por fin llegó á una cabaña y con mano temblorosa llamó; nadie respondió; los golpes que daba á la puerta resonaban lúgubramente en aquella aterradora soledad.

—¡Madre mía!—murmuró débilmente.

Su vista se oscureció, flaquearon sus piernas y cayó exhalando un ¡ay! de desesperación.

III

Ricardo abrió los ojos espantado.

Un hombre vestido de negro la miraba fijamente; en sus pestañas oscilaba una lágrima, y en sus labios, á intervalos, se dibujaba una amarga sonrisa.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó

—Ricardo...

—Debes ser muy desgraciado.

—¡Mucho!—murmuró Ricardo—mirando atónito las luces que le rodeaban y el magnífico piano que había en aquella sala, cuyas teclas brillaban con mágicos destellos.

Después buscó su instrumento, y lo tenía al lado; buscó á su marmota y el animal yacía exánime á sus pies.

Ricardo la cogió en brazos; la besó; la arrulló; tocó el organillo á ver si bailaba... todo era inútil; la marmota estaba muerta.

Ricardo lloraba estrechándola entre sus brazos y besándola con delirio.

El enlutado se acercó al piano; sus dedos recorrieron el teclado arrancando notas ora tristes y conmovedoras, ora alegres y juguetonas.

Ricardo dió un grito y soltó la marmota que cayó al suelo produciendo un ruido sordo: un ruido parecido al que hacen las primeras paletadas de tierra sobre las tablas de un ataúd.

El hombre del piano seguía tocando.

Ricardo se acercó á él y cogiéndole de un brazo le preguntó entre sollozos:

—¿Qué habéis tocado?

—La Marmota; los funerales de ese animal.

—¡Ah...! ¿cómo os llamáis?

—Luis Van Beethoven,

Ricardo cayó á sus plantas anegado en llanto.

M. LORENZO Y D'AYOT.

Madrid y Julio de 1885.

A LUISA

Quando á la trémula luz
del astro rey que ya espira,
mi amante orgullo te admira
con temerosa inquietud,
cansada de la labor,
y de tu piano delante
tocar con mano oscilante
endechas tristes de amor,
jamás te podré decir,
ni tu misma adivinar
lo que al oírte tocar
me haces gozar y sufrir,
y cuando en tu inspiración
arrancas en dulce calma
notas que llenan el alma
de entusiasta adoración,
y al delirio de mi mente
se une el recuerdo querido
del sentimiento escondido
entre el calor de tu frente,
quisiera ser cual mi anhelo,
grande, inmortal y fecundo
para arrancarte del mundo

y darte un puesto en el cielo.

¡Oh! sublime inspiración
que con tu acento de gloria
haces traer á la memoria
la historia del corazón;
¿quién al sentir la dulzura
que irradia tu cielo hermoso,
no soñó un tiempo dichoso
de placer y de ventura?
¿quién de tu acento al compás
no lloró su paz perdida
en un renglón de su vida
de alguna historia de atrás?.....
Por eso tanto he sufrido
y gozo al oírte tanto;
porque hay notas que son llanto
en otros días vertido.

Notas que arrecian el mal
de olvidados sinsabores;
notas que arrancan las flores
que respetó el vendabal.

Al impulso sobrehumano
de un horizonte risueño;
pero ¡ay! ¡por que en vano empeño
he de aclararte ese arcano?

¿Si aun no sabes sus rigores
qué han de saber de esos males
los purísimos cristales
de tus ojos seductores?.....

Pero vive, vive así,
tan pura como al nacer;
¡no te hace falta aprender
lo que en el mundo aprendí!

Ni intentes romper el velo
que oculta ante tu mirada
la distancia dilatada
que hay de la tierra hasta el cielo.

No intentes tal, Luisa, no;
que ya llegará algún día
en que pierdas la alegría
y en que llores como yo.

Entonces con mil enojos
al recordar tus agravios,
con la amargura en los labios
y con el llanto en los ojos.

Recordarás los instantes
de estas sencillas veladas;
con sus tranquilas miradas,
con sus canciones amantes.

Porque á fuerza de sentir
como á mí te ha de pasar;
que empezarás á llorar
al empezar á vivir.

LUCIANO GUTIÉRREZ

EXHIBICIÓN

No doy en la rutina de suponer que los hombres y las mujeres fuesen en otro tiempo más modestos que hoy.

Pero dudo que lo fuesen menos; porque no cabe el menos.

El afán de exhibirse está ya tan establecido, que apenas quedamos en Madrid doscientas personas que no hayan procurado ver su retrato, ó, por lo menos, su caricatura en algún periódico ó en portal de fotógrafo.

En esas exposiciones con entrada libre, en que los fotógrafos ofrecen al público las muestras de su trabajo, pudiera formarse el *padrón fisionómico* de Madrid y aún de parte de algunos pueblos comarcanos.

Para los transeúntes libres, es decir, para los que se echan á la calle cada día sin otro fin que el de proporcionarse distracciones, un portal de fotógrafo es un museo cómico.

¡Qué ejemplares tan curiosos de hombre y animal macho, de mujer y de mujercilla!

Pase que una persona notable se retrate, y que tolere que el artista le exponga al pú-

blico, por más que sea en un portal, y pase que el fotógrafo, para demostrar al público sus buenas relaciones con personas conocidas, exponga el retrato del caballero ó de la señora mencionados.

Pase también que, para complacer á su madre ó á sus hijos, consienta un hombre serio en que le retraten, pero hasta cierto límite.

Un busto ó un retrato de medio cuerpo en tamaño natural, sirven para conservar con más perfección los rasgos fisionómicos y la imagen de la persona querida.

Pero, aún en este caso, no veo la necesidad ni me explico la satisfacción que puede proporcionar á la familia del retratado, la exposición del retrato en el portal de la casa del fotógrafo.

No comprendo que se preste una persona á servir de reclamo en una fotografía, excitando, de paso, la hilaridad del público.

—Tengo gusto en retratar á usted—me decía un fotógrafo mi amigo.

—¿Para qué?

—Para la colección que estoy formando.

—¿Para colocarme en la portería?

—Ya no me faltan más que cinco ó seis escritores.

—¿De mi talla?—le pregunté.—Seguro estoy de que le faltan á usted más de cinco mil, porque el número de pacotilla como yo, es infinito: aquí escriben ya todos los individuos que no sirven para otra cosa, ni para eso tampoco.

Si algunos años antes se hubiera tomado la libertad cualquier artista de dibujar nuestra caricatura y publicarla, seguramente rompemos un alón al atrevido.

Ahora se solicita.

—Hombre—me decía un personaje de la clase de partiquinos de la política, en ocasión en que yo colaboraba en un periódico satírico y con monos.—¿Tan escasa importancia tengo yo que no publican ustedes mi caricatura?

De este gusto en exhibirse, resulta que en cada portal de fotógrafo apenas hay plaza vacante para tantos pretendientes.

Suprimidas esas exposiciones dejarían de retratarse muchas personas.

Hay quien se retrata una vez por trimestre ó antes si espera peligro de que olvide su fisonomía el país.

Hay quien se retrata en posiciones ventajosas y en posturas académicas.

Una pide al fotógrafo que le ponga fondo de mar.

—Yo soy gaditana, ¿subusté?

—No lo sabía hasta que lo ha dicho, señora.

—Y por eso quisiera que usted me pusiera alguna marina, ¿eh?

—Como usted guste.

Uno se retrata vestido de cazador, con su escopeta y su sombrero calabrés y su perro de guardarropía.

—No puede verle el transeunte sin decir:

—¡Pum!

—¡Ay, qué perro!—exclama una chula—¿por qué no los pondrán bozal?

—¿A cuáles?—pregunta una compañera.

Jóvenes románticas que se retratan en posiciones que inspiran en el observador la idea del suicidio.

Hombres graciosos, en mangas de camisa y en actitudes de payaso jubilado.

Caballeros de frac de manufactura casera, con fondo de jardín con lilas.

Amantes, leyendo cartas de ellas y de ellos.

Señoritas, rasgueando en la guitarra y enseñando un piecicito (cada una, por supuesto), colocado sobre una banqueta.

Unos con toga, otras con pañuelo de Manila y mantilla española.

Hay quien retrata á sus niños al natural; esto es, en traje de andar, no por casa, sino por el baño.

Un portal de una fotografía es un museo cómico para los transeuntes.

—¿Quién es ese?—preguntaba anoche en el portal de un conocido fotógrafo un caballero á otro.

Este respondió:

—¿Ese? (era un retrato) uno que me estáfo cinco duros.

Retrátense ustedes para eso.

EDUARDO DE PALACIO

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

LA REVISTA DE ESPAÑA

Entre los notables trabajos publicados últimamente en la *Revista de España* figura sin duda en primera línea uno del docto y erudito académico de la Historia, Sr. Gayangos, titulado *La corte de Felipe III y aventuras del conde de Villamediana*.

Tiene por principal objeto este artículo dar á conocer un manuscrito portugués conservado en la Biblioteca del Museo británico de Londres y traducido ahora admirablemente al castellano por el señor Gayangos, para instrucción y solaz de cuantas personas de buen gusto literario lean las ilustradas columnas de la *Revista de España*.

Pincigrafía ó descripción é historia natural y moral de Valladolid titúlase el precioso manuscrito en cuestión, redactado por Thomé Pinheiro da Verga, caballero profeso de la orden de Cristo, doctor y catedrático de Derecho civil en la Universidad de Coimbra, desembargador ó juez de relación de Oporto y de la Casa de Suplicación, quien nació en 1571, falleciendo á los treinta y cinco años de su edad en 25 de Julio de 1656.

Sólo leyendo este precioso bosquejo histórico de la ciudad de Valladolid, hecho por los tiempos en que estuvo en ella nuestro caballero portugués, nacido en 1571 y fallecido en 1656, á los ochenta y cinco años de su edad, puede uno formarse una idea exacta del colorido, la frescura, la animación y el singular gracejo con que en dicha memoria se trazan las costumbres, modo de vivir y estado de la sociedad vallisoletana en tiempos de Felipe III. Es un cuadro realmente trazado de mano maestra en que pudiera inspirarse con no pequeño beneficio un autor, para cultivar en España el género descriptivo y realista.

En la segunda parte del artículo de que tratamos, publicado en el último número de la *Revista de España*, el Sr. Gayangos traduce lo que hay en la obra del que podemos llamar distinguido escritor portugués, acerca de la vida y aventuras amorosas del célebre galanteador D. Juan de Tarsis y Peralta, segundo conde de Villamediana. Es esta parte del artículo por extremo divertida y curiosa, y su erudito autor la ilustra con datos y noticias importantes, mediante los cuales dilucida, no sólo la prioridad del manuscrito londonense sobre las copias que de él se conservan en Portugal, sino que corrige unas veces y otras contradice los muy valiosos y autorizados informes del Sr. Pinheiro acerca del famoso Tenorio vallisoletano, rival afortunado en más de una ocasión de su rey el Sr. D. Felipe III.

El artículo del célebre académico merece con razón el título de notable que le dimos al comenzar esta breve noticia.

También inserta el mismo número un precioso artículo del Sr. Machado y Alvarez, ferviente propagandista é iniciador en España de los estudios folklóricos tan adelantados ya en nuestra patria. Titúlase el trabajo de nuestro amigo *Folk-lore del niño* y es un detenido ensayo sobre los juegos infantiles, manifestación de la primera personalidad del niño. Publicada no más que la primera parte, aplazaremos, para cuando vea la luz la segunda, el examen detenido que merece por la gran importancia que revisten monografías de este género. Por hoy nos limitaremos á anunciarle y á recomendárselo eficazmente á nuestros lectores.

El libro sobre el que ha basado sus inéditas investigaciones nuestro amigo es la lindísima obra del ilustrado folk-lorista extremeño D. Lucio Fernández Soto uno de los mejores sin disputa y de los más genuinamente populares que hasta ahora ha producido en España la ciencia nueva del Folk-lore.

X.

REVISTA DE MADRID

Si las quincenas no fuesen cantidad de días harto insignificantes para merecer pasar á la posteridad distinguidas por nombres, como los siglos, nadie podría negar á la que acaba de transcurrir el título de quincena de las tormentas. Durante toda ella, la tempestad ha

venido indefectiblemente á mojarnos con sus torrentes de lluvia, á asustarnos con el estampido de sus truenos, á deslumbrar nuestros ojos con el brillo de sus relámpagos. Unos días se formaba á las primeras horas de la tarde y descargaba antes de la noche; otras veces aguardaba para estallar á que las sombras nocturnas hubieran envuelto la tierra en su negro ropaje, y así daba más cuidado á los temerosos y ponía más espanto en su amilanado espíritu. Ni un sólo día dejó de acudir á la cita con toda su imponente majestad.

Es grande la tormenta. Parece como si la animase el aliento poderoso de algún dios terrible. El viento que la arrastra en sus torbellinos más parece ser su siervo que su señor, más parece obedecerla que impulsarla. El cielo está azul, el sol radiante, la tierra tranquila, el horizonte despejado. Zumban los insectos multicolores cantando á coro el himno poderoso de la vida, y los pájaros se arrullan en el nido oculto entre las ramas de los árboles, y las flores confunden sus pétalos en un beso de amor. De pronto densas nubes se alzan sobre el horizonte y le entapizan con su negruzca masa; el sol se eclipsa, los insectos desaparecen entre la hierba y los rastros, los pájaros suspenden sus diálogos sentidos, las flores doblan su tallo sacudidas por el viento impetuoso; el aire antes tibio se enciende de pronto, cual si un soplo del infierno viniera á mezclarse á él. El huracán baja de las montañas sacudiendo los troncos añosos y fingiendo alaridos de dolor; llamas de fuego, semejantes á parpadeos de invisibles pupilas gigantescas, cruzan el horizonte; chispas inflamadas van de aquí para allá, trazando inmensos zig-zags y que vuelan rápidamente mensajeros de la cólera de algún dios irritado. Chocan las nubes unas con otras, ábrese con estrépito, y mientras la bóveda se extremece como próxima á desgajarse sobre el mundo. El trueno ruje semejante al rodar de un inmenso carro de guerra. Son los momentos en que los creyentes caen de rodillas, doblan la cabeza y alzan á Dios el ánimo abatido pidiéndole perdón para sus culpas y misericordia para sus pecados. Los incrédulos, que nada ven en el cielo, preguntan á la ciencia noticias de la causa que produce en el planeta esas convulsiones terribles, y uos y otros, incrédulos y creyentes, siguen la marcha de la tempestad saludando con un grito de júbilo el momento feliz en que se aleja.

Para los espíritus apocados y pusilánimes, para la humanidad débil y supersticiosa, la tormenta es algo más que un fenómeno meteorológico, es algo así como una magnífica revelación de fuerzas misteriosas que gobiernan el mundo á su capricho. La tendencia del hombre á lo sobrenatural y maravilloso revélase entonces más potente. En aquel inmenso trastorno de los elementos desencadenados, en aquella terrible conjunción de fuerzas opuestas que de cuyo choque nace el rayo, cuyo abrazo produce el trueno, en aquel vasto desorden que recuerda, con el caos, las primeras edades geológicas, hay como una dirección fatal que todo lo regía y á la cual todo se subordina; como una personalidad que manda y dispone; como una divinidad apasionada que perdona y castiga. La chispa eléctrica que mata parece ejecutor de sus justicias; la oscuridad que envuelve el mundo sembla de rencor esparcida por su rostro; el iris que deja luego tras de sí, prenda de paz, testimonio de que ha perdonado. Por eso en la infancia de la humanidad la tormenta es uno de los primeros dioses; ceñudo, energético, terrible, enemigo de los hombres y de las cosas y á quien hay que hacerse favorable á fuerza de sacrificios y oraciones. Puede decirse, sin miedo á caer en error, que la tormenta fue el primer dios adorado, porque fué el primer dios temido, y en las sociedades primitivas el miedo es una forma de culto; antes de agradecer sus servicios á las divinidades amigas, el hombre piensa en atraerse á las adversas. Orgulloso desde el principio cree que el bienestar es un derecho y no lo agradece, pero entiende que el mal es un castigo y trata de amiorarlo. El cielo tranquilo, el sol brillante, la atmósfera serena debieron hablar con débiles ecos al corazón de esos antropomorfos cuya inteligencia estaba aún sumida en el sueño de la materia. Pero la nube tormentosa, el trueno horrisono, el rayo fulgurante debieron conmoverle profundamente, turbar su corazón, animar en una espantosa sacudida su cerebro rudimentario. Instintivamente, sintiendo que la tierra se movía bajo sus pies, que el cielo se desgajaba sobre su cabeza, que las montañas se estremecían hasta en sus cimientos, que el mar se alzaba como si hiciera esfuerzos desesperados para abandonar su cauce, que los bosques se doblaban ante el huracán, que los torrentes desprendidos de los montes inundaban la llanura cual si ellos también huyesen de alguien que los persiguiera tenazmente, instintivamente decimos, el hombre asustado, loco de terror, influido por la turbación general de la naturaleza, debió cubrirse el rostro con las manos, exhalar gritos lastimeros, y dejarse caer al suelo, creyéndose perseguido, demandando piedad.

El culto nació de aquí; el Dios se reveló de esta manera. Desde aquel momento, el hombre implorará á alguien en sus vacilaciones, á alguien que es más fuerte que él, y le implorará dejándose caer por la tierra, cubriéndose el rostro con las manos, sepultando

su frente en el polvo, implorando misericordia. Hoy mismo, en el seno de nuestras sociedades gastadas, el poeta que, por su organización especial, está más cerca de la naturaleza, tiene sensibilidades exquisitas, ve en la luz rayos que otros no perciben, y en el color matices que otros no advierten; forja mitos, reproduciendo de este modo un estado de fantasía que ya no existe para la generalidad; hoy mismo el poeta, cuando canta la tempestad, no la cree un dios, pero la toma por mensajera de la divinidad á quien adora.

«¡Señor, yo te conozco! La noche azul, serena, Me dice desde lejos: «¡TU DIOS SE ESCONDE ALLÍ!» Pero la noche oscura, la de nublados llena, Me dice más pujante: «¡TU DIOS SE ACERCA Á TÍ!» ha dicho el inmortal Zorrilla en una de sus leyendas inimitables».

En esta ocasión, la tempestad aparecía con caracteres más terribles, como si ya no lo fuera bastante por sí sola. Se ha observado que en los países víctimas del cólera, una gran tormenta precede á una gran explosión de la enfermedad, y de aquí han deducido algunos que la tempestad sirve de poderosos vehículos á los microbios que flotan en la atmósfera infestada.

En el estado actual de los espíritus, cuando la epidemia lejos de disminuir crece y se extiende por todas partes, cuando en Madrid se quintuplica en pocos días el número de casos, cuando son contadas las provincias que no llevan ya ensusuelas señales de la catástrofe, fácil es comprender el efecto que causarían las nubes apareciendo á lo lejos, condensándose sobre el horizonte de Madrid, y agitando todo con sus ráfagas calientes como efluvios del infierno. El que más y el que menos recibía las gruesas gotas de lluvia, y al sentir las resbalar por su epidermis y humedecer sus ropas, creía sentir ya el cosquilleo de los microbios. Aquella noche y los días siguientes los aprensivos buscaron con afán la estadística de la *Gaceta*. Pero sus temores no se realizaron. El número de casos no aumentó en proporción sensible. Era preciso delatar que la anterior afirmación no podía admitirse en tesis general ó, por lo menos, tenía algunas excepciones. O bien reconocer que el mi-

crobio es un hijo degenerado de aquellos otros microbios que tan terribles señales de su paso nos dejaron en pasados días.

Rara naturaleza la del cólera, acerca de la cual nadie ha emitido juicio definitivo todavía. ¿Qué es el microbio? ¿Cuál su evolución? ¿Cómo se mantiene en la naturaleza durante su misteriosa y á veces prolongada incubación? ¿Cómo pasa después al organismo? ¿Qué le sirve de vehículo? ¿Quién le lleva consigo, portador, sin saberlo, de la muerte, de la desgracia, de la ruina? ¿Le lleva el hombre, por ventura?

¿Le arrastra el agua en su corriente, le transporta en sus alas la tempestad que corre furiosa y desbordada? No se sabe. La medicina se ciñe á ajustar su procedimiento á los síntomas que observa en el enfermo. No se sabe cómo viene el cólera, ni se sabe cómo se irá. Lo cierto, lo probado es que un día, de pronto, tras un período más ó menos largo, en que hay pocas invasiones, crece de pronto la cifra, llega á su máximo de densidad, siembra el espanto y el dolor en todas partes, convierte en desiertos las ciudades, en cementerios las poblaciones, y un día empieza á decrecer hasta que se extingue por falta de fuerza en las miasmas, ó por haberse realizado en los habitantes que quedan la inmunidad que produce una lenta intoxicación, obrando en el organismo á modo de preservadora vacuna.

Esto es lo que se sabe, y esto es poco, pero hay que atenerse á ello por ahora.

Los descubrimientos de Ferrán harán adelantar mucho terreno á la ciencia el día en que los hechos vengán á apoyar sobre fundamentos irrefutables lo que hoy es ya algo más que una mera presunción.

La base de los experimentos ferranistas no puede ser más científica, ni ofrecerse con más lógicas apariencias. Millares de inoculaciones realizadas todas ellas con el mejor éxito en distintas poblaciones y en personas pertenecientes á las diversas clases sociales, permiten esperar que el eminente médico tortosino ha encontrado eso que con tanto ahínco buscaban los sabios de todo el mundo, hundidos en la soledad de su laboratorio.

frente á frente del microscópico animalillo á quien pedían como á callada esfinge la revelación de sus evoluciones misteriosas.

¡Gloria inmensa la conseguida por Ferrán! Forma la más grata al corazón, la que debe dar más satisfacciones al amor propio, porque es la gloria unida al bien, porque lejos de arrancar á la humanidad ayes de dolor como la gloria adusta del guerrero, la hace prorrumpir en himnos de alegría; gloria la más santa, porque representa una victoria contra el mal y contra la muerte; porque es una victoria de la vida; porque despierta sentimientos de amor y de esperanza.

Al lado de este espectáculo admirable de un hombre consagrado por completo á la investigación de la verdad, otro espectáculo doloroso, de esos que hacen subir á las mejillas de los buenos el carmín de la indignación: gentes que tienen miedo, y en vez de arrostrar con ánimo sereno la calamidad que les amenaza, pueblan el viento con inútiles quejidos y se aíslan, se acorronan para librarse de la enfermedad.

Los periódicos cuentan diariamente hechos repugnantes, impropios de una sociedad culta y de un país civilizado: manifestaciones tan descaradas de egoísmo, que apenas se concebirían en una tribu salvaje, de esas que aún no han traspasado el más bajo nivel de la civilización, y cuya inteligencia embrionaria permanece envuelta en sombras que aún no ha herido la luz de la razón. Son pueblos que han matado á pedradas á infelices, procedentes de otros epidemizados; enfermos que espiran abandonados hasta de sus propios parientes; muertos que quedan sin enterrar, porque á ellos no se acercan ni el sacerdote para rezar sobre su cuerpo ni el sepulturero para darle sepultura; pobres viajeros asfixiados á causa de inhuma fumigación...

Y es que, por doloroso que nos sea el reconocerlo así, detrás del hombre aparecerá algunas veces el ángel, pero se presenta muchas más el mono.

Darwin triunfa.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Imprenta de EL PROGRESO

á cargo de B. Lanchares, Salesas, 2, duplicado.

ANUNCIOS



SERVICIOS DE LA

COMPANÍA TRASATLANTICA

DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

con escala y extensión á las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1.º para Puerto-Rico y Habana.

Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico,

con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *Ciudad de Santander*.

El 20, de Santander. *P. de Sastrústegui*.

El 30, de Cádiz, *Veracruz*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebu

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fíjamente de cada mes.

El vapor *Isla de Luzon* saldrá de Barcelona el 1.º de Setiembre.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Srr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le favorece, á la vez que le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le favorece, á la vez que le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le favorece...

LA REFORMA AGRÍCOLA

Periódico quincenal de intereses agrícolas. Se regala á los suscriptores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscriptores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las Oficinas facultativas de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES SEVILLA. *Rov.*
1.ª Biblioteca de las tradiciones populares españolas, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

COLÓN EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS. Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preclados 1, administrador de la obra.

GERMINAL

HIJA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE

E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas. Librería de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscriptores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Bolx, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen, 13